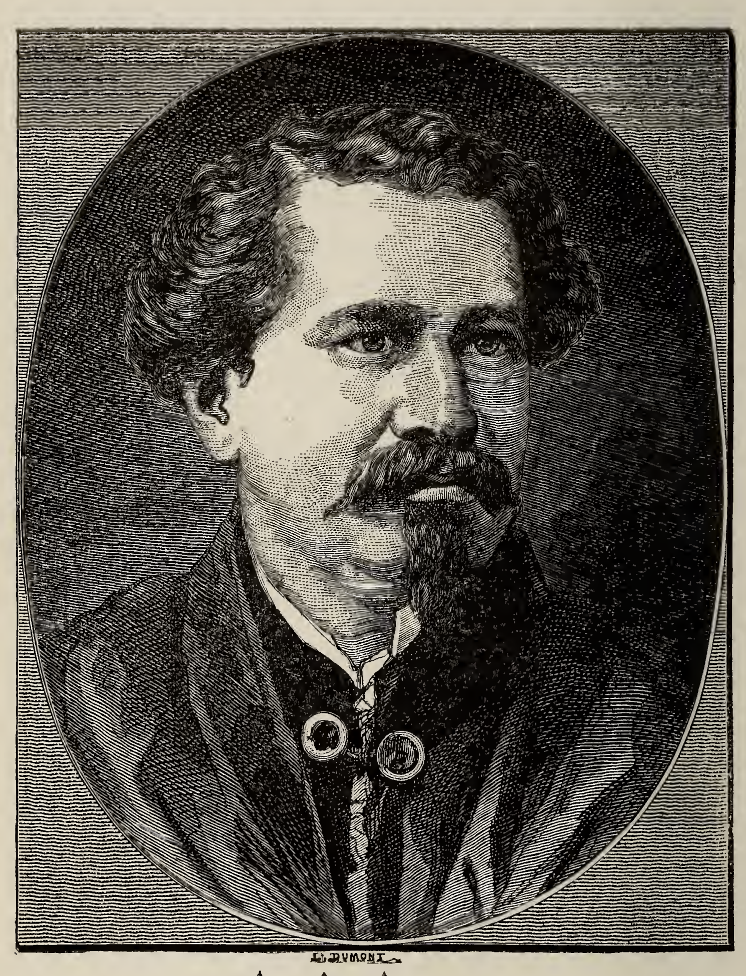
Perez (Trinidad Manuel)
La industria y el poder

Lima, 1875

LA INDUSTRIA Y EL PODER.

Este drama se ha representado por muchas veces en los principales teatros de América, obteniendo el mas brillante éxito.



T. M. Perez.

TEATRO NACIONAL

La Industria y el Poder

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

Trinidad Manuel Perez.

DEDICADO

A LA SOCIEDAD DE ARTESANOS DE LIMA Y DEL CALLAO.

TERCERA EDICION



LIMA,
IMPRENTA LIBERAL DE "EL CORREO DEL PERU."
CALLE DE SAN MARCELO, Nº 57.
1875

REPARTO.

PERSONAS.	ACTORES EN LIMA.	EN EL CALLAO.
Alberto........	Don Juan Risso	Don José Arámbulu.
Fernando de Aguilar ...	» Camilo Estruch...	» Antonio Gaytan.
Lorenzo	» Miguel Rodriguez	» Lutgardo Gomez
Pablo	» Genaro Felices....	» Zoylo Schow.
Andres.........	» Florencio Flores ..	» Manuel Diaz.
Pio	» Ramon Robles ...	» Adolfo Martin.
Segundo	» José Arroyo	» Manuel Caroca.
Un Oficial...	» José Caroca	» Ladislao Tejada.
Elena..........	Da. Carolina Verdinois de Robles	Da. Amalia Perez de Gomez.
Edelmira......	» Hortencia Dench de Rodriguez.	» Emilia Gaytan.
Soldados, &a.		

A La "Sociedad de Artesanos" de Lima y del Callao.

Señores:

El grandioso objeto con que os habeis asociado entraña tan fecundo gérmen de mejoramiento, que la nacion entera ha fijado los ojos en vuestros talleres, y la juventud ha admirado y aplaudido vuestra idea. Faltos de proteccion y de estímulo los obreros del país, miraban con desaliento el triste porvenir que les esperaba; mas, llenos de fé en el trabajo, concibieron el problema que vosotros habeis planteado, y que al fin estais resolviendo dignamente. Asociarse para fomentar la industria nacional, y auxiliarse mútuamente para garantizar el trabajo, y defenderse contra la inaccion que trae la miseria: hé aquí los datos de ese gran problema, cuya incógnita despejareis bien pronto, cuando vaya á sentarse en vuestros talleres la proteccion del Gobierno—proteccion que os ha faltado, no por indolencia de su parte, sino por las continuas ajitaciones que, hace cuarenta años, nos ha traido la guerra civil.—Tened fé, y muy en breve brillará en el horizonte una nueva aurora para la industria del Perú.......

Impresionado por vuestro noble pensamiento, é invitado un dia á vuestras reuniones, concebí la idea de escribir un drama que tuviese por objeto alentaros, y llamar la atencion del

Poder sobre las artes. Es verdad que tal asunto merecia que fuese interpretado por una pluma hábil; pero animado por la pureza de mi intento, no vacilé y emprendí mi trabajo. Si logro que lo acepteis y que merezca la indulgencia del público, quedaré recompensado con usura y se verá colmada la mas ardiente de mis aspiraciones.

Lima, Noviembre 4 de 1862.

Trinidad Manuel Perez.

ACTO PRIMERO.

Salon perfectamente adornado. Puertas laterales en primer término, y en segundo á un lado una puerta, y al otro una ventana y un pasadizo que comunica al interior de la casa.—Puerta al fondo y ventanas por las que se verán una galería y mas al fondo un jardin.—Mesa con recado de escribir y papeles.—Libros.

ESCENA I.

Elena y Edelmira.

ELENA.

—Edelmira, bien sabes que por verte contenta daria la vida. ¿Qué tienes? ¿Te falta algo á mi lado? ¿No te he dicho que estoy orgullosa con el título de madre que me dás en tu cariño?—Hace muchos dias que te veo inquieta, pensativa......

EDELMIRA.

—Madre......no es así: usted se engaña.

ELENA.

—No me engaño, no, Edelmira, y voy á probártelo. En el baile de ayer que, como de costumbre, mandé preparar para celebrar el aniversario de tus dias, tú fuiste la ménos complaciente, y tanto que todo el mundo llegó á notarlo. Mientras que mil manos se estrechaban ajitadas por el casto deleite de la alegría, y mil suspiros exhalaban las damas de sus senos virjinales tú, permanecias impasible é indiferente, sien-

do el lunar de la fiesta. Y en tanto que la voluptuosa pero recatada multitud de galantes caballeros trataba de complacerte y festejarte; tú, mústia y triste como la flor que carece de sávia y de perfume, te inclinabas como para no mirar á nadie. Quien ha notado todo esto, no puede engañarse, mi Edelmira.

EDELMIRA.

—Es que yo......yo no podia divertirme.

ELENA.

—¿Y no podré saber el motivo?

EDELMIRA.

—No puedo decirlo......señora.

ELENA.

—¡Hé aquí á la mujer! Nosotras somos como los niños: solo sabemos expresar nuestros pesares con el llanto—Pero no te atormentes, hija mia, lo sé todo.

EDELMIRA.

—Señora.........

ELENA.

—Sí: lo sé. Tú amas al hijo de aquel anciano, que tiene su taller al lado del templo á donde vamos todos los dias. Escucha. Con motivo de haberle ofrecido mi proteccion, movida por el estado de miseria en que he visto siempre el taller de su padre, vino esta mañana á verme, y me dijo; que seria una traicion admitir mis beneficios, amándote; y que solo los admitiria, cuando yo aprobase ese amor, y le ofreciese tu mano. No vacilé, mirando la franqueza de sus palabras, y mas cuando me reveló que era correspondido; y le ofrecí acceder á sus deseos, cuando contase con la voluntad de su padre. ¿Estás contenta, Edelmira?

EDELMIRA.

—¡Ah! madre mia..........

ELENA.

—Bien, dejemos eso. Ahora, quiero pedir cuenta á la señora administradora de la inversion de los fondos que tiene en su poder.

EDELMIRA.

—La cuenta no anda muy bien, pues una parte de la pension destinada á los huérfanos la he invertido en otra cosa.

ELENA.

—¿En qué, Edelmira?

EDELMIRA.

—En pagar el entierro de una infeliz, que sin este auxilio no habria tenido sepultura.

ELENA.

—Has hecho lo que yo hubiese mandado hacer en igual caso. — Aquí tienes la llave: ve á reponer ese dinero.

EDELMIRA.

—¡Ah! gracias; gracias, señora. (*Váse.*)

ESCENA II.

Elena--despues Andrés.

ELENA.

—¡Pobre niña! Creia ocultarme su pasion, y se vendia con su reserva. (*Andrés se presenta.*) Acércate, Andrés.

ANDRES.

—¡Señora!

ELENA.

—¿Estás contento en mi casa?

ANDRES.

—¿Y cómo no estarlo, señora, si usted es un ángel como dice Pablo? Lo único que siento es haber deja-

do á mi maestro, que aunque gruñon, me queria demasiado. Yo creo, señora, que simpatizábamos por eso de gruñon, porque yo tambien lo soy, y por eso los oficiales del taller me apellidaron Ponzoña.

ELENA.

—Pues bien: no lo sientas por tu maestro, pues Pablo me ha dicho que si consentia tu maestro en que entrases al servicio de mi casa, era porque su pobreza no le permitia recompensar debidamente tu lealtad.

ANDRES.

—¡Pobre maestro!

ELENA.

—Ya he hablado á mi esposo de tu honradez y de tu juicio.

ANDRES.

—(*Ap.*) ¡Al señor Ministro! por lo menos me toca una porteria. Ya soy empleado y puedo decir á los oficiales del taller que cuenten con mi proteccion— Pero señora ¿me permitirá usted ir á ver á mi maestro?

ELENA.

—Todos los dias, despues que hayas cumplido con tus obligaciones. Oye, Andrés: cuando vengan tu maestro y Pablo á quienes he mandado llamar, me avisarás al punto.

ANDRES.

—Así lo haré, señora. (*Váse Elena.*)

ESCENA III.

Andrés--Despues Pablo, con un rollo de papel.

ANDRES.

—Héme aquí, por mi indómita aficion á la política, de miembro de una casa ministerial. El cielo ha pre-

miado los trabajos que pasé en el naufrajio, cuando regresaba mi maestro de la expatriacion. Si no es por un barril salvador, de seguro que hubiera ido á conocer en el fondo del mar el vientre de algun tiburon......pero no: [*Pablo se presenta*] en tal caso, habria sido el de una ballena, como cierto profeta....

PABLO.

—Andrés, avisa á la señora Elena que estoy aquí, y pregúntala si puede recibirme.

ANDRES.

—¡Oh! mi querido Pablo: dispénsame: no puedo hacer lo que pides. Las cosas en casa de los ministros no son lo mismo que en el taller. La señora Elena me ha dicho que le avise cuando venga mi maestro contigo; así es que no puedo avisarle por tí solo.

PABLO.

—Pero, truhan; mi padre no tarda en venir.

ANDRES.

—Sea como fuere, no avisaré...... Si te fastidia el esperar, aquí tienes periódicos: leé algun asunto de interés.

PABLO.

—Hombre, no seas impertinente.

ANDRES.

—¡Como! tú que profesas la arquitectura, ¿no eres hombre de política? A ver...... ¡bravo! aquí tienes un artículo de fondo: «El partido verde».

PABLO.

—¿Te estás burlando?

ANDRES.

—No, Pablo: así está escrito. Y no es extraño; pues así como hay partido rojo, tambien puede haberlo blanco, negro etc. etc.

PABLO.

—¡Tunante! Estás en tu elemento.

ANDRES.

—Atencion: escucha: es «el partido verde» el que habla.—«La razon, emanacion del cielo, traza apostólicamente nuestra senda por el camino del bien y de la virtud. ¡Cuantos siglos ha necesitado la caduca Europa para fecundizar el espíritu regularizador, que ha vertido la resplandescencia organizadora en su engrandecimiento.» ¡Qué ideas, Pablo! ¡qué ideas!

PABLO.

—¿Te has propuesto fastidiarme?

ANDRES.

—Espera: espera: aquí viene un acápite despues de una manecilla—«Sin embargo, la América, aunque proditoriamente amenazada su territorialidad que fomenta silenciosamente la idea de prodigalizar sus intereses, no ha despertado del sueño embriagador de emancipacionalidad, y ya el monopolio y el privilejio fructifican sustentados por la autonomia probabiliorista.» ¡Qué ideas, Pablo! ¡qué facundia!

PABLO.

—¡Si te sucederá á tí lo que á muchos que admiran lo que no han visto, y elojian lo que no entienden! Vamos á ver: ¿cuál es tu voto sobre ese artículo? Veamos: explícate.

ANDRES.

—(*ap.*) Me aplastó......—Pablo, me pides que te diga cual es mi voto, es decir, cual es mi opinion sobre el fondo de este artículo......Bien: si tu me ofreces opinar como yo opino, mi voto opinaria, es decir mi opinion votaria...... pues......votaria:— despues sabrás lo que yo voto.

PABLO.

—¡Hablador! ¡Cuantos hay como tú, que dan su voto en toda materia, y sin entender nada, con una interjeccion tratan de cubrir su ignorancia.—Pero allí está mi padre; vé á decir á la señora Elena que la estamos esperando. (*Andrés sale, y Lorenzo avanza.*)

ESCENA IV.

Lorenzo—Pablo—Despues Elena.

PABLO.

—¡Padre!

LORENZO.

—¿Dónde está la señora de casa?

PABLO.

—No tardará en venir: Andrés ha ido á avisarla. Tengo el presentimiento de que vamos á ser muy dichosos. Esta señora tiene mucho ascendiente sobre su esposo, y como éste es Ministro, espero que ella alcanzará fácilmente del Gobierno una contrata que me ha ofrecido, y que nos dejará una gran fortuna.

LORENZO.

—Dios lo quiera. ¿Y cómo has podido obtener tanto favor de esta señora?

PABLO.

—Con motivo de haberla hablado de......un asunto que......que me interesaba.

LORENZO.

—¿Y á tu padre no le interesaba?

PABLO.

—¡Padre......!

LORENZO.

—Pablo, tú me ocultas algo, sí; hace dias que noto

en tí cierta distraccion,......te he visto pensativo..... triste......¿Encierra acaso la proteccion de esa señora algun misterio...?

PABLO.

—No, ninguno......es, que esa señora es protectora tambien de una jóven que la acompaña, todos los dias, cuando vá al templo que está al lado del taller.

LORENZO.

—¡Ah! ya...! ¿Y por qué no me has hablado de esto?

PABLO.

—Perdóneme usted, padre. Si no le he hablado antes sobre el particular, ha sido porque temia ver frustradas mis esperanzas y no queria que esto le causase á usted algun pesar.

LORENZO.

—Entónces, dime, dime lo que pasa.

PABLO.

—Yo amo á esa jóven, señor; vine á pedir su mano, animado por el interés, y aun por el cariño que me manifestaba la señora, y me ha contestado que consentiria en mi matrimonio con su protejida, despues de hablar con usted, prometiéndome facilitarme los medios mas ventajosos para adelantar en mi profesion.

LORENZO.

—¿Entónces, para esto me ha mandado llamar?

PABLO.

—Sin duda alguna.

LORENZO.

—¿Y cuentas con la voluntad de esa jóven?

PABLO.

—Hace mucho tiempo que nos amamos en secreto.

LORENZO.

—¡Y nada me habias dicho!...... Ustedes los hijos

son muy egoistas por mas que nos quieran: siempre nos participan sus dichas, cuando ya tienen cautivo el corazon.

PABLO.

—Pero no por eso olvidaré el respeto y la veneracion que debo á mi padre.

LORENZO.

—Sí, hijo mio, así lo espero: tú sabes cuánto te amo! (*Elena aparece.*) Solo siento que ahora tengas que duplicar tus fuerzas en el trabajo.

PABLO.

—No importa—El trabajo fortifica el alma, y morijera las pasiones; guarda y adelanta los intereses adquiridos, y recibe diariamente la bendicion del cielo.

LORENZO.

—Pablo, al verte tan honrado me rejuvenezco y seria feliz, si no viniera á turbar mi vida el recuerdo de mi hijo á quien lloro perdido......¡Ah! si Dios me le devolviese......

ELENA.

—¡Cuánto se quieren!

LORENZO.

—La señora tarda en salir.

PABLO.

—Ya vendrá...—¡Ah!...¡señora!... aquí tiene usted á mi padre.

LORENZO.

—Buenos dias, señora.

ELENA.

—Dios guarde á usted, buen anciano. He mandado llamar á usted, porque......

LORENZO.

—Señora, lo sé todo; mi hijo me lo acaba de comunicar. El corazon me dice que es usted un ángel, y

los ángeles no pueden querer sino la dicha de los demas.

ELENA.

—Buen anciano, en lo que hago por el hijo de usted, no hago mas que cumplir con el sentimiento que me arrastra hácia el bien de mis semejantes. La sinceridad con que me ha hablado acerca de usted, es la prueba que tengo de su honradez: esta me basta. Si consigo de mi esposo lo que quiero para él, todo se realizará muy pronto. (*Pio pasa por el fondo.*)

LORENZO.

—¡Ah! señora, jamás seré ingrato: soy padre, y desde hoy tendré en usted un objeto mas á quien bendecir (*Don Fernando aparece en el fondo.*)

ELENA.

—¡Ah! mi padre se acerca; quiero eludir una explicacion con él—Dispense usted, buen anciano, que le deje tan pronto—Nos volveremos á ver mañana. Adios—(*vase.*)

PABLO.

—Voy á encargar á Andrés que entregue estos planos.

LORENZO.

—Y yo me voy al taller: allá te espero. (*Pablo se vá por el pasadizo, y al salir Lorenzo se encuentra con don Fernando.*)

ESCENA V.

Lorenzo--Don Fernando--Despues Segundo.

DON FERNANDO.

—¡Hola! ¿El maestro Lorenzo por acá? Casualmente venia de su taller.

LORENZO.

—Aquí me tiene usted, señor; ¿qué se le ofrece?

DON FERNANDO.

—Maestro, sin duda le tomará á usted de nuevo que, datando nuestra amistad de ayer, ya necesite de ella......(*ap.*) Vamos á ver si descubro algo.

LORENZO.

—Estoy á las órdenes de usted.

DON FERNANDO.

—Me han informado de que tiene usted un hijo muy hábil, que profesa la arquitectura, y como yo necesito un plano para una fábrica que pienso establecer, quisiera que su hijo de usted......

LORENZO.

—Mi hijo acaba de entrar á verse con un aprendiz de mi taller que está al servicio de esta casa, y creo que volverá por aquí. Entónces......

DON FERNANDO.

—Bien, así téndré el gusto de conocerle y...... ¡Segundo! ¡Segundo! (*Segundo se presenta.*)

SEGUNDO.

—Señor.

DON FERNANDO.

—Sírveme: aquí no mas tomaré el chocolate. (*Segundo entra.*) Es una costumbre...... Pero siéntese usted, conversarémos mientras viene su hijo. (*Segundo vuelve, sirve* y *se vá.*)

LORENZO.

—Sea como usted quiere.

DON FERNANDO.

—¿No es usted aficionado al buen chocolate? Si usted gusta......

LORENZO.

—Gracias.

DON FERNANDO.

—Dígame usted, maestro Lorenzo: ¿Cómo ha podido usted en medio de tanta escaséz, dar á su hijo una educacion tan esmerada?

LORENZO.

—Es que yo, antes de haber conspirado contra los españoles......

DON FERNANDO.

—¡Ah! ¿Con que fué usted patriota?

LORENZO.

—Sí, señor. En ese tiempo, gracias á mi constancia en el trabajo, logré economizar algun dinero, con el cual pude cuidar de la educacion de mis hijos. A este Pablo, le dediqué á las artes por su grande aficion á ellas; aficion que yo apoyé, recordando siempre que en mi juventud, cuando aun era pobre como ahora, saboreé con gusto el pan que me proporcionaba el trabajo.

DON FERNANDO.

—¿Es decir que por haber conspirado?......

LORENZO.

—Me expatriaron; y á consecuencia de mi repentina marcha, perdí la mayor parte de mi principal, y el resto lo he perdido tambien en un naufrajio acaecido á mi regreso.

DON FERNANDO.

—¿Tanto ha sufrido usted?

LORENZO.

—Tanto, pero mi mayor pérdida consiste en la de mi hijo mayor, que me lo arrebató el ejército independiente. Asi es, que el amor de este hijo, tal vez el de mi patria, me obligaron á volver del pais distante donde me encontraba tan largo tiempo. ¡Có-

mo ha de ser!......Usted lo vió ayer en mi taller— Tales acontecimientos me han reducido casi á la miseria.

DON FERNANDO.

—Amigo, lo que acabo de oir me obliga para con ustedes; cuenten desde hoy con mi proteccion. Por lo pronto aquí tiene usted......

LORENZO.

—(*Tomando el bolsillo que le dá don Fernando.*) Si esta clase de proteccion es la que usted me ofrece, dispense usted que la rehuse. Yo no acostumbro recibir dinero que no he ganado con el sudor de mi frente (*arroja el bolsillo sobre la mesa.*)

DON FERNANDO.

—Es que yo quiero hacer á usted este pequeño obsequio.

LORENZO.

—Pero ¿á qué atribuirlo?......

DON FERNANDO.

—Cuando se carece de recursos......

LORENZO.

—La pobreza del obrero tambien tiene su orgullo— Yo trabajo, señor. (*Pablo entra.*)

ESCENA VI.

Dichos--Pablo.

PABLO.

—¡Padre! ¿todavia aquí?—Señor.....dispense usted.

DON FERNANDO.

—Amigo, tengo el placer de conocer á usted; ya le he manifestado á su padre mis sentimientos respecto de usted.

PABLO.

—Muchas gracias. ¿A quién tengo la honra de hablar?

DON FERNANDO.

—A don Fernando de Aguilar, servidor de usted.

PABLO.

—Señor: repito mi agradecimiento. (*ap.*) Este debe ser el padre de Pio, á quien no ví ayer cuando estuvo en el taller.

LORENZO.

—El señor necesita un plano para una fábrica.

DON FERNANDO.

—(*ap.*) Maldito si me acordaba de tal cosa—Es verdad: pero ya es tarde: otro dia hablarémos sobre el particular.

PABLO.

—Cuando usted guste.

LORENZO.

—Entónces, con permiso de usted, nos retiramos. Quede usted con Dios.

DON FERNANDO.

—Adios, amigos mios. (*Segundo quita el servicio y se vá.*)

ESCENA VII.

Don Fernando—despues Pio.

DON FERNANDO.

—No he tenido tiempo para averiguar nada: quizás Pio habrá sido mas afortunado en sus pesquisas..... Me parece imposible que Elena proteja á ese jóven Pablo, con el fin de casarlo con Edelmira. Su buen corazon es capaz de todo; se habrá condolido de la situacion del maestro Lorenzo......pero sí, como di-

dicen, esa chica vino á su poder, heredando una fortuna, no la creo tan tonta que quiera emplearla en el hijo de un artesano. (*Pio entra con una cartera grande, que pone sobre la mesa.*)

PIO.

—Me alegro de encontrar á usted aquí.

DON FERNANDO.

—¿Qué hay?

PIO.

—Ya no hay duda de que Elena proteje al hijo del maestro Lorenzo, con el fin de casarlo con Edelmira.

DON FERNANDO.

—Eso no puede ser.

PIO.

—Sí, señor; hace tres dias que sigo los pasos de Elena y la he visto entrar al taller del viejo Lorenzo. No lo dude usted: á título de caridad, ella misma le habrá ofrecido á su hijo la mano de Edelmira y su fortuna......¡Sabe Dios con qué intenciones!......

DON FERNANDO.

—Tú deliras, Pio.

PIO.

—No, señor. Viendo que no podia arrancar ni una sola palabra de ese Andrés que ha venido al servicio de Elena, traté de cohechar á uno de los aprendices, y este me dijo...... (*Se oye el ruido de un carruaje.*) Pero allí viene don Alberto: no se dé usted por entendido de lo que pasa.

DON FERNANDO.

—¡Cómo que no me dé por entendido!......No faltaba mas. Ahora mismo le hablo sobre este negocio. Yo quiero que te cases con Edelmira, y ya verémos si te la niegan.

PIO.

—No le diga usted nada. Yo tengo mis razones. Vamos, en su habitacion le acabaré de contar á usted, todo lo que he descubierto. Aquí viene—vamos señor. (*Vanse al tiempo que Elena y Alberto aparecen.*)

ESCENA VIII.

Alberto--Elena.

ELENA.

—!Ah! señor, sentí el carruaje, y me he apresurado á ver á usted: á preguntarle como le ha ido á usted en el paseo. ¡La mañana está tan hermosa!

ALBERTO.

—Como tú, mi Elena. Es preciso que te resuelvas á participar de mis escursiones fuera de la ciudad. ¡Es tan puro el aire del campo!

ELENA.

—No puedo; son muchas mis obligaciones por la mañana. Voy á darle á usted cuenta de las que he cumplido hoy, pues necesito del apoyo de usted.

ALBERTO.

—Veamos, habla, Elena. Sentémonos.

ELENA.

—Señor, protejo á un jóven virtuoso y honrado con el objeto de que auxilie á su pobre padre, que trabaja aun á una edad muy avanzada. Ese jóven profesa la arquitectura, y como no hace mas que algunos dias que ha empezado á trabajar su padre, carece de toda reputacion que le dé á conocer. Por esto le he ofrecido hablar á usted para que se le prefiera en las propuestas que se están haciendo para la refaccion de los edificios públicos. Esta es la primera obligacion que he cumplido hoy.

ALBERTO.

—¿Cómo se llama ese jóven?

ELENA.

—Pablo: ignoro su apellido.

ALBERTO.

—Haré todo lo que pueda en su favor.

ELENA.

—Hay mas. Como esta proteccion puede ser juzgada inconsideradamente......

ALBERTO.

—¿Y si ya lo estuviera?

ELENA.

—¡Qué escucho! señor...... ¿será posible?

ALBERTO.

—Sí. Elena, cuando la esposa de un majistrado dispensa proteccion á la juventud, lo atribuyen á lijereza: para la calumnia, esa virtud en las mugeres es capricho, y en los hombres ambicion. Elena, aun cuando se pudiera vivir de modo que todo el mundo pudiese ver nuestras acciones, siempre serian defectuosas ante la impura mirada de la injusticia. Mira, aquí tienes un anónimo que reprueba tu conducta.

ELENA.

—Basta, señor. Creo que he cumplido un deber, y estoy tranquila, pues nada tengo de que reprenderme.

ALBERTO.

—Jamás me haré la ofensa de dudar siquiera de tí.

ELENA.

—Bien sé cuan bueno es usted para conmigo.

ALBERTO.

—Tú me has enseñado á serlo. (*Rompe el anónimo.*)

ELENA.

—¡Alberto!......

ALBERTO.

—Vamos: ya va llegando la hora de trabajar.

ELENA.

—Quisiera pedir á usted una gracia.

ALBERTO.

—No será una gracia, si la pides y no la ordenas.

ELENA.

—Ese jóven Pablo ama á Edelmira, y usted bien sabe que esa niña me fué confiada por su misma madre moribunda, para que la hiciera feliz

ALBERTO.

—Y bien, ¿ese jóven puede hacer la felicidad de Edelmira?

ELENA.

—Es honrado, y contando con la proteccion de usted.

ALBERTO.

—Sea como quieras, Elena. (*ap.*) ¡Hé aquí porque han osado dudar del limpio honor de mi esposa: por hacer el bien!

ELENA.

—Vamos á ver á Edelmira, para participarle esta dicha.

ALBERTO.

—Vamos, Elena. (*Andrés se presenta.*)

ESCENA IX.

Andrés--despues Alberto.

ANDRES.

—Por lo que veo, en esta casa todos son dichosos; solo yo me encuentro como Quevedo. Esto no pue-

de ser. Filosofemos. Ayer no era mas que un simple aprendiz de carpintero, hoy es otra cosa; soy todo un portero de palacio. El aprendiz puede llegar á ser maestro y......nada mas; mientras que un portero......oh! un portero es otra cosa; en escala rigurosa puede llegar á ser ministro. ¡Cuánto se progresa en el siglo! Desde hoy es preciso que me dé un poco de tono, con cierta sonrisita majistral mezclada con su dósis de empaque doctoral. ¡Cuántos con estas prendas viven en el mundo! Vamos á ver, Andrés: aquí de las tuyas. Ensayemos el modo de ser ministro, por si llego á serlo. (*Se sienta en el sillon.*) Supongamos que estoy en el despacho, y que un empleado viene á anunciar á los pretendientes. —Señor: un caballero espera que Useñoría le dé audiencia—Que espere: estoy despachando—Señor.... —No he dicho que esperen? — Es que una viudita quiere hablar á Useñoría—¡Ah! si es una viudita, que pase, que pase......(*Alberto se presenta.*)

ALBERTO.

—¿Que pase, quién?

ANDRES.

—(*ap.*) ¡Santa Bárbara! ¡el Ministro!....... Nadie ......es......es que acostumbro hablar á solas.

ALBERTO.

—(*Se sienta á examinar la cartera.*) Hoy es dia de acuerdo, y aun faltan aquí algunas propuestas.

ANDRES.

—Señor...(*ap.*) atrevámonos.—Señor......

ALBERTO.

—¿Qué hay?

ANDRES.

—¿Cómo vá con los asuntos públicos? Las tareas del Estado absorben el tiempo de tal manera......que

......las simpatías......pues, las tareas, es decir, el despacho......la......

ALBERTO.

—¿Cuando te ofrecí mi proteccion, te prometí acaso mi amistad?

ANDRES.

—Es que......

ALBERTO.

—Me tratas con tanta confianza!......

ANDRES.

—Es que...... Useñoría...... Su Excelencia...... Su Ilustrísima... Su Paternidad. (*ap.*) Vamos, señor, se me ha trabado la lengua......

ALBERTO.

—Vé y llama á Pio. (*Pio se presenta.*)

ANDRES.

—Aquí está, señor. ¿No se le ofrece á Useñoría otra cosa?...No responde? ¡pif! nada se le ofrecerá (*vase.*)

ESCENA X.

Alberto--Pio--despues don Fernando.

ALBERTO.

—Venga usted: siéntese y lea usted lo de interés público.

PIO.

—Aquí se piden propuestas para la refaccion general de los establecimientos y oficinas del Estado.

ALBERTO.

—Bien, apunte usted: «Se admite y aprueba la del arquitecto don Pablo—deje usted espacio para poner el apellido.

PIO.

—Aquí se trata...sobre...(*ap.*) ¡Qué es lo que veo!

ALBERTO.

—¿Sobre qué?

PIO.

—Sobre unos vales falsificados.

ALBERTO.

—Ponga usted: «La autoridad competente expedirá las órdenes del caso para la aprehension del falsificador y sus cómplices»......

ALBERTO.

—¡Qué! no escribe usted?

PIO.

—Sí...estoy limpiando la pluma. (*ap.*) Si serán los que yo...(*Don Fernando se presenta.*)

DON FERNANDO

—Señor Ministro: tengo que hablar á usted sobre un asunto de importancia.

ALBERTO.

—Hable usted.

DON FERNANDO.

—Hace mucho tiempo que Pio sirve á la nacion, y aun no ha recibido el menor premio por sus servicios.

ALBERTO.

—Señor padre político: ¿era este el asunto de importancia?

DON FERNANDO.

—Lo creo, puesto que toca á la familia.

ALBERTO.

—Mis deberes como majistrado, no tienen que ver con mi familia.

DON FERNANDO.

—Mejor diga usted que mi hijo no tiene aptitudes.

ALBERTO.

—Lo que yo digo es, que la opinion pública se su-

blevaria contra mí, si por espíritu de proteccion, prefiriese en un empleo á uno de mi casa, olvidando el mérito de los demas. Si usted al pedir no respeta esa opinion pública, yo, al dar debo respetarla.

DON FERNANDO.

—Eso es, ¡la opinion pública! ¿Quién es la opinion pública? ¿dónde reside?

ALBERTO.

—En el pueblo, en ese pueblo que sufre y calla mientras los que mandan no son injustos.

DON FERNANDO.

—Al pueblo se le tiene con hambre para imponerle silencio, pues si se le acostumbra á comer, se vuelve voraz.

ALBERTO.

—Usted se engaña; y ya que me obliga á hablar, le diré que el pueblo se sácia fácilmente, y que solo los empleados como su hijo de usted, jamás se satisfacen en sus extrañas pretensiones.

PIO.

—¡Señor Ministro!

ALBERTO.

—Basta. Yo no estoy obligado á protejer á nadie con las arcas del Estado. (*Andrés se presenta con unos pliegos.*)

ESCENA XI.

Dichos--Andrés.

ANDRES.

—Señor, este paquete acaban de entregarme para Useñoría.

ALBERTO.

—(*Abriendo los pliegos y leyendo para sí.*) ¡Ah! ¡Dios

mio! nada: ni la menor esperanza. Me contestan que se ignora el paradero de mi padre. ¡Oh! ¿Qué será de él?......¡Quince años separado de mi padre! ¡Ah! ¡Qué triste es no tener un padre! Aun en medio de los mas grandes triunfos que han coronado mi carrera, he sentido el inmenso vacío, que suele dejar la alegria ó el dolor en su paso por nuestra alma. ¡Pobre padre mio! ¡Si será desgraciado!......—Aun es temprano: voy á contestar esta comunicacion—(*Váse á su habitacion.*)

ANDRES.

—¡Hum! se quedan juntos don Pio y su padre...... Observemos. (*Se oculta tras el cortinaje.*)

DON FERNANDO.

—¿Qué te parece la conducta de ese advenedizo sin nombre y sin familia, que yo honré con la mano de mi hija?

PIO.

—Sí, lo que quiere es tenerme toda la vida de su amanuense, cuando á tantos sin nombre como él, los proteje y les hace concesiones onerosas al Erario.... Sin ir mas léjos, allí tiene usted la aprobacion de la propuesta que ha hecho aquel zoquete de Pablo. Ya se vé, mi hermana se ha empeñado......tiene razon ......como que no corre otra voz, sino la de que Elena tiene sus fines en protejer al hijo del viejo Lorenzo......Figúrese usted que ayer no mas, le llevó un criado de Elena un billete, que él besó mil veces despues de leerlo.

DON FERNANDO.

—Calla, calla; eso no puede ser. Una cosa son sus miras de casar á Edelmira, y otra cosa es su honor.

ANDRES.

—¡Qué infamia! su mismo hermano la deshonra.

PIO.

—Voy á renunciar el destino.

ANDRES.

—Si muchos prójimos pensáran así, se salvaría la patria.

DON FERNANDO.

—No pienses en semejante locura.

PIO.

—Estoy decidido, pero antes de renunciar voy á dar un golpe de Estado.

DON FERNANDO.

—Nada de escándalos. Piensa primero en que la fortuna de Edelmira, te asegurará una posicion unida á la mia.

ANDRES.

—¡Qué padre tan débil para con su hijo!

PIO.

—¿Y si Elena insiste en su propósito?

DON FERNANDO.

—Yo me encargo de eso. Hoy mismo hablaré con ella. (*Entra á su habitacion.*)

ESCENA XII.

Pio--Andrés.

PIO.

—Sí, no hay que perder las esperanzas. ¡Qué buenas partidas voy á jugar......Pero no: ánte todo, lo primero será pagar á todos mis acreedores! Quisiera tener veinte suegras y no uno de esos sanguijuelas —Ahora es preciso alejar á Pablo por todos los medios posibles (*Acercándose á la mesa.*) ¿Cómo haré?

(*medita*) Sí: eso es. Falsificando la letra de Elena, puedo escribir una carta á Pablo, é inspirar celos á Edelmira. Veamos. (*Se sienta á la mesa y se pone á escribir.*) Sí; magnífico! así es su letra.

ANDRES.

—¿Qué estará escribiendo? ¡Si yo pudiera ver! pero, y si me sorprende?......Valor—(*Se dirije con paso lento hácia á Pio, é inclinándose detrás de él, observa lo que escribe, dando señales de asombro. Don Fernando se presenta á la puerta de su habitacion y se sorprende al ver la actitud de Andrés.*)

ESCENA XIII.

Dichos--Don Fernando.

DON FERNANDO.

—¡Andrés! ¿Qué significa......(*Sorpresa de Andrés, y de Pio, quien procura ocultar la carta, volviéndose á mirar á Andrés con ira.*)

ANDRES.

—Yo...yo...(*Suena una campanilla en el interior.*) Yo iba á anunciar al señor don Pio que ya era hora de almorzar.

DON FERNANDO.

—En efecto: vamos Pio.

ANDRES.

—¡Campanilla salvadora!

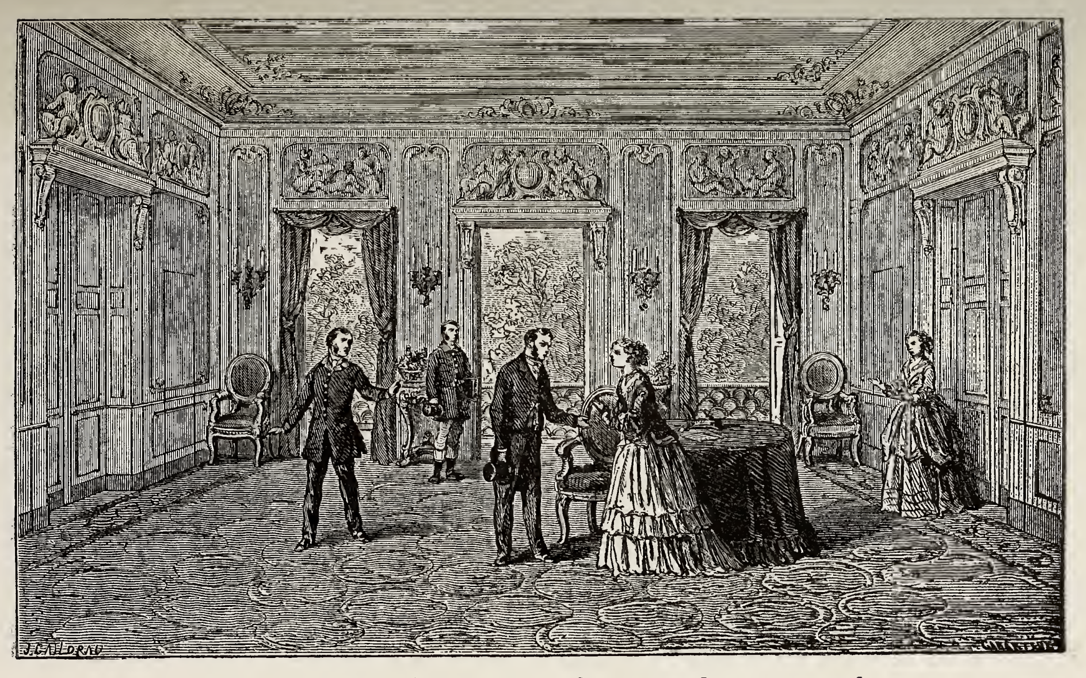
PIO.

—(*Mirando con recelo á Andrés, vase por la puerta del foro con don Fernando.*) ¿Si habrá visto algo este tunante?

ANDRES.

—(*Dirigiéndose al pasadizo y mirando con ironía á*

Pio.)—¡Qué tal don Pio! don Pio!.......A su nombre solo le falta la *elle* para que sea mas digno de él. Anda pillo, sigue en tus intrigas: desde hoy seré tu sombra, y cruzaré tus planes con mi acostumbrada diplomácia. ¡No hay remedio! yo nací para hombre de Estado!!!



!Ah! señor, sentí el carruaje y me he apresurado á ver á usted.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA I.

Don Fernando—Pio—Despues Elena—Segundo.

PIO.

—¿Habló usted á mi hermana?

DON FERNANDO.

—Voy á hacerlo ahora mismo.

PIO.

—Sabe usted, señor, que me ocurre una refleccion?

DON FERNANDO.

—Veamos: ¿cual?

PIO.

—Si la fortuna que, segun dicen, heredó Edelmira, fuera una fábula: ¿qué bien me reportaria un casamiento con ella?

DON FERNANDO.

—Te engañas en tus dudas: escucha. Cuando Alberto abrazó la causa de la Independencia, era un pobre diablo, pero un pobre diablo con talento, eso sí. Despues de constituida la patria, el Gobierno recompensó sus servicios con el miserable empleo de adjunto á una legacion, lo cual le obligó á ausentarse por mucho tiempo.

PIO.

—¿Y á qué conduce todo esto?

DON FERNANDO.

—Lo sabrás. Alberto volvió de Europa, y renunció el destino, casado ya con tu hermana. Recuerdo que entónces vivió á mis espensas.

PIO.

—¿Y bien?

DON FERNANDO.

—En ese tiempo viniste de educarte en Paris, y recordarás que á tu llegada, Alberto fué elegido diputado, ostentando tener una gran fortuna.

PIO.

—Dijeron que se habia vendido al Gobierno.

DON FERNANDO.

—No, señor; no cuesta tan caro el comprar una conciencia. Aquí vengo á parar. Alberto fué elegido diputado, ocho dias despues de haber Elena recojido á Edelmira.

PIO.

—¿Entonces con la fortuna de Edelmira, se ha elevado Alberto hasta el Ministerio?

DON FERNANDO.

—Justamente. Una coincidencia semejante es una prueba.

PIO.

—Ahora veo claro en la conducta del Ministro. Como él ha nacido en las últimas clases del pueblo, le agrada protejer á esos plebeyos, que tal vez en la infancia le darian de comer: porque un hombre que no tiene ni padre, ni madre, ni hermanos, no puede ser otra cosa que un expósito á quien la caridad pública ha servido de nodriza. ¡Oh!......y ese advene

dizo es el que se atreve á despreciarme, porque la casualidad lo ha favorecido? Ya verémos: ya verémos.

DON FERNANDO.

—¿Qué dices ahora?

PIO.

—Entónces no vacilo: me caso con Edelmira. (*Elena aparece.*)

DON FERNANDO.

—Pero ¡silencio! aquí viene Elena.

ELENA.

—Buenas tardes, señor.

DON FERNANDO.

—¿Vas á salir Elena?

ELENA.

—Sí, señor.

DON FERNANDO.

—Lo siento. Tenia que hablarte.

ELENA.

—Hágalo usted, ya escucho.

DON FERNANDO.

—Elena, voy á hablarte con la franqueza de un padre que ama tu decoro, como á sí mismo. Elena, una persona muy respetable, y cuyas palabras merecen crédito, ha tenido la osadia de decir á Pio que ese jóven Pablo, á quien te esmeras en protejer, es tu amante.

ELENA.

—¡Padre!......¿Y usted es quien me repite semejante calumnia?

PIO.

—Yo lo he dicho á mi padre......era mi deber.

DON FERNANDO.

—Dios sabe, hija mia, cuanto te amo, y bien debes presumir que yo no podré dar crédito jamás á tan infame impostura.......pero......

ELÈNA.

—¡Señor......!

DON FERNANDO.

—Seré franco. Yo miro con repugnancia el que lleves tu proteccion con ese jóven, hasta pretender enlazarle con Edelmira; posponiendo á tu hermano.

ELENA.

—(*ap.*) ¡Qué escucho! ¡Dios mio! ¡Mi hermano casarse con Edelmira!

DON FERNANDO.

—Es verdad que no tengo nada que hacer con respecto á esa niña; pero, mi potestad de padre no la he perdido para tí, que eres una hija obediente.

ELENA.

—Señor, en cuanto á la calumnia de que usted me ha hablado, solo puedo contestar que mi hermano no debia haber escuchado las imputaciones de personas que tal vez tendrán necesidad de mi honra; y en cuanto á Edelmira, le diré á usted, que cumplo un deber el mas sagrado, apoyando su dicha.

DON FERNANDO.

—¿Y la obediencia que me debes, no es tambien un deber?

ELENA.

—Padre, hay en la vida obligaciones tan santas, que el intentar olvidarlas seria un remordimiento eterno. Tal es el respeto de los hijos á sus padres. Pero yo tengo un esposo, y á él le pertenezco toda entera.

PIO.

—Sin duda ignoras que yo amo á Edelmira, y que soy capaz de todo.

ELENA.

—Haz lo que quieras; pero sabe que Pablo y Edelmira se aman tanto, que moririan de pesar, si se intentase separarlos. Son dos gotas de rocío confundidas en una sola; dos séres que sin duda despertaron á la vida prometidos el uno para el otro. ¡Infeliz criatura! ¿Qué hubiera sido de ella, si la casualidad no la hubiese depositado en mis manos? Sin duda alguna habria corrido la misma suerte de su desventurada madre.

DON FERNANDO.

—Pero reflexiona que tu hermano.........

ELENA.

—Señor, su matrimonio con Edelmira es imposible; de todo punto imposible.

DON FERNANDO.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

ELENA.

—Es un secreto; respételo usted, señor.

PIO.

—Dí mejor un pretesto, y habrás dicho la verdad.

DON FERNANDO.

—Bastante has hecho con recojerla; pero llevar mas adelante tu jenerosidad es un capricho que ya dá lugar á la murmuracion.

ELENA.

—Basta, señor; tengo que salir: dispense usted á su hija. (*yéndose*) ¡Oh! es preciso casar hoy mismo á Edelmira ó separarla de mi lado para evitar un crímen. (*Váse por el fondo.*)

PIO.

—¡Ah! orgullosa Elena! Yo me vengaré.

DON FERNANDO.

—Ya lo ves: Elena se muestra inflexible; no resta mas que hablar con Edelmira: yo procuraré ganármela.

PIO.

—(*Viendo su reloj.*) Aun no han dado las tres; es preciso que mi padre se aleje.

DON FERNANDO.

—Pio, tengo que hacer; hasta luego. (*vase.*)

PIO.

—Se adelanta á mis deseos. ¡Segundo! ¡Segundo! (*Segundo se presenta.*)

SEGUNDO.

—Señor.

PIO.

—¿Llevaste la carta á Pablo?

SEGUNDO.

—Sí, señor.

PIO.

—¿Estás bien enterado de lo que debes hacer?

SEGUNDO.

—Pierda usted cuidado.

PIO.

—No hay remedio: con la carta falsificada de Elena, acudirá Pablo: Edelmira tendrá celos, y se despertarán las sospechas del Ministro. ¡Oh! yo lograré mi objeto—Vamos á observar desde fuera. (*Váse á ocultar por el fondo.*)

ESCENA II.

Segundo—despues Pablo—Pio, oculto.

SEGUNDO.

—Si tarda mucho el tal Pablo, voy á olvidar el santo y seña. Pero no......aquí viene. (*Pablo entra por el fondo.*)

PABLO.

—¿La señora Elena está en casa?

SEGUNDO.

—Lo ignoro.

PABLO.

—¿Cuál es su habitacion?

SEGUNDO.

—Esa. Puede usted, si gusta, esperarla allí dentro, en caso de que haya bajado al jardin.

PABLO.

—Bien está. (*ap.*) Así cumpliré lo que ella me dice en su carta.

PIO.

—(*Saliendo al tiempo que Pablo entra en la habitacion de Elena.*) ¡Magnífico! Ahora vé y avisa á Edelmira que quiero hablarla de un asunto que la interesa. (*Entra Segundo.*)

ESCENA III.

Pio—despues Edelmira y Segundo.

PIO.

—La conspiracion marcha en progreso. Aun me quedan armas disponibles: cada plumada mia, es una saeta envenenada y certera. Escribamos. Esta es una carta para el viejo Lorenzo, tambien con la letra de Elena. (*Escribe.*) «Su hijo de usted ha sido aprehen-

dido por conspirador de órden del Ministerio. Venga usted á pedir personalmente su libertad á mi esposo.—Elena.» Con esta carta, brinca el viejo; viene aquí cuando el Ministro ya ha pillado á Pablo en la habitacion de su esposa, y se arma una de los mil demonios. Todos se enteran de un lance tan indigno: el Ministro celoso cree ajada su dignidad: todo se desbarata, y Edelmira será mia. (*Segundo sale precediendo á Edelmira.*)

SEGUNDO.

—Aquí está la señorita. (*Váse por el fondo.*)

EDELMIRA.

—¿Me ha llamado usted, Pio?

PIO.

—Sí: y no daria este paso, si no me moviese el mas profundo interés hácia usted.

EDELMIRA.

—¿Qué es lo que pasa?

PIO.

—Como usted debe muy pronto entregar su mano al hijo del artesano Lorenzo, he querido advertirla...... lo que en la calle se murmura sobre el particular.

EDELMIRA.

—Pero ¿qué se dice?

PIO.

—Que el tal Pablo......es...... el amante de Elena. ¡Quién habria de creerlo!

EDELMIRA.

—Dios mio! Eso no puede ser...... ¿Quién ha podido fraguar semejante acusacion?

PIO.

—Si no quiere usted perderse, guarde el mas pro-

fundo secreto—Adios. (*ap.*) ¡Qué tal! ¡Hé aquí una saeta bien dirijida! (*Vase.*)

ESCENA IV.

Edelmira--despues Pablo.

EDELMIRA.

—¡Oh! ¡Dios mio!......no quiero ni pensarlo...... es imposible......esto es una calumnia terrible—Voy á la habitacion de la que me llama hija á orar en su reclinatorio. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Va á entrar y se detiene aterrada.*) ¡Qué veo! ¡Pablo!

PABLO.

—(*Saliendo.*) ¡Edelmira!

EDELMIRA.

—¡Pablo! ¿tú aquí? ¿en este lugar?

PABLO.

—Escucha: he sido llamado.

EDELMIRA.

—¡Llamado!

PABLO.

—Lee esta carta. (*Edelmira toma la carta de manos de Pablo.*)

EDELMIRA.

—¿Una carta? ¿de quién?......(*Se oye el ruido de un carruaje.*) Pero ¡un carruaje ha parado á la puerta de la casa! (*Guarda la carta.*)

PABLO.

—¿Será el Ministro?

EDELMIRA.

—Sin duda alguna. ¡Oh! ¡qué va á decir si te encuentra en su ausencia y en la de su esposa...! Ve-

te por este pasadizo que da al jardin; saldrás por la puerta escusada.

PABLO.

—Pero......(*Andrés se presenta.*)

ESCENA V.

Dichos--Andrés--despues Alberto--Elena.

ANDRES.

—No hay pero que valga...Vamos pronto; por aquí. (*Entra por el pasadizo con Pablo—Alberto aparece, y á poco Andrés.*)

ALBERTO.

—Edelmira, ¿donde está Elena?

EDELMIRA.

—Lo ignoro, señor......creo...... que no ha regresado aun.

ANDRES.

—Yo lo diré, señor, salió á.........

ALBERTO.

—¿Te he preguntado á tí?

ANDRES.

—(*ap.*) ¡Jesus! ¡qué cara!

ALBERTO.

—(*ap.*) ¡Edelmira turbada!......Veamos. (*Entra á la habitacion de Elena.*)

ANDRES.

—¡Señorita Edelmira!

EDELMIRA.

—Pero ¿qué es lo que pasa? dí, Andrés.

ANDRES.

—Al llegar el señor Ministro, preguntó al portero

con cierto aire de agitacion, si alguno habia entrado; y como el portero contestó que nadie......vine porque Pablo...... Silencio, señorita; el Ministro viene. —(*Alberto aparece al mismo tiempo que Elena se presenta en el fondo.*)

ALBERTO.

—¡Ah! Elena, te buscaba. ¿Dónde has estado?

ELENA.

—Salí á ver una amiga mia que acaba de llegar de un largo viaje, y he sido muy feliz, pues he podido prestar los auxilios necesarios á un pobre niño, á quien atropelló un carruaje.

ALBERTO.

—(*ap.*) ¡Qué sospecha!.....ninguna respuesta acorde —Señora, mande usted prevenir al portero que no estoy visible para nadie. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos—menos Alberto.

ELENA.

—Tú, Andrés, cumple con prevenir lo que manda mi esposo.

ANDRES.

—Está bien, señora. (*ap.*) Vamos á ver á Pablo. (*Vase.*)

ELENA.

—¿Qué es lo que sucede en casa, Edelmira? ¿Qué indica la indiferencia y el tono con que me ha recibido Alberto? Edelmira, hija mia, dime: ¿qué ha pasado aquí, durante mi ausencia?.....¿Callas? ¿no respondes?

EDELMIRA.

—No tengo valor para hablar.

ELENA.

—¡Dios mio! Luego algo de serio ha ocurrido....Explícame. El no hablar, Edelmira, es una ingratitud hácia la que te ha servido de madre.

EDELMIRA.

—Señora...... Acabo de presenciar una escena estraña, tanto en Pablo, como en su esposo de usted... pero yo no puedo......no debo hablar.

ELENA.

—¡Edelmira! habla, yo te lo mando..

EDELMIRA.

—Señora, hablaré; mas prométame usted de antemano perdonarme el pesar que pueda ocasionarla.

ELENA.

—Habla, habla.

EDELMIRA.

—Acabo de sorprender á Pablo en la habitacion de usted, en su dormitorio.

ELENA.

—¿Pablo en mi habitacion? qué es lo que has dicho Edelmira?

EDELMIRA.

—Si no hubiera sido porque casualmente me determiné á entrar en la habitacion, el esposo de usted le habria encontrado.

ELENA.

—¡Oh, Dios mio!......pero ¡esto es inconcebible!

EDELMIRA.

—El quiso disculparse......mire usted esta carta que me entregó.

ELENA.

—¡Una carta! — Qué veo! — «Pablo necesito hablar

con usted sin testigos, á las tres: si no estoy en casa espéreme usted en mi habitacion: mi esposo no vendrá hasta las cuatro—Elena»—¡Y han falsificado mi letra......! ¿Quién ha podido imprimir en esta carta mi deshonra? ¿Qué he hecho yo, para que se me haga la víctima de una intriga, cuyos fines no comprendo......?

EDELMIRA.

—(*ap.*) Quien habla así, no puede ser culpable.

ELENA.

—Pero ¡qué aguardo!—¡Alberto! ¡Alberto! ¡esposo mio! es preciso que le vea......quiero decirle que soy inocente.

EDELMIRA.

—Madre: no vaya usted......

ELENA.

—Apártate......déjame paso, hija del alma.

EDELMIRA.

—No, madre: evite usted su enojo.

ELENA.

—La esposa que no tiene de qué avergonzarse, tiene derecho de pedir reparacion de su honra, ante su esposo y ante Dios! (*Entra con violencia.*)

EDELMIRA.

—¡Qué irá á pasar! ¡Dios mio!—¡Ah! Don Fernando viene. (*Don Fernando se presenta.*)

ESCENA VII.

Edelmira--Don Fernando.

DON FERNANDO.

—Me alegro de encontrarte, Edelmira.

EDELMIRA.

—Estoy á las órdenes de usted, señor.

DON FERNANDO.

—Sé que muy pronto vas á contraer matrimonio con el hijo del artesano Lorenzo, y como semejante boda no puede convenir á una jóven que puede aspirar á la mano de un noble caballero......he creido de mi deber, como padre de tu protectora, aconsejarte, y aun proponerte una persona que no puede compararse siquiera con ese pobre diablo...... por ejemplo ......mi hijo......

EDELMIRA.

—Señor, permita usted que me retire — Quede usted con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Don Fernando—despues Lorenzo y Segundo—Luego Pio.

DON FERNANDO.

—Pues, señor, estamos lucidos: parece que todos se han conjurado contra nosotros. ¡Qué lástima será que la fortuna de esa chica pase á otras manos, cuando yo podria multiplicarla uniéndola á la mia! (*Se oyen voces fuera.*) Pero ¿qué voces son esas?

LORENZO.

—(*dentro.*) Dénme paso......Quiero entrar. (*Lorenzo se presenta á despecho de Segundo que quiere contenerlo.*)

SEGUNDO.

—¡Oh! No se puede entrar; el señor Ministro no está visible.

DON FERNANDO.

—¡El maestro Lorenzo!

LORENZO.

—¿Qué me importa á mí que esté visible ó nó?

DON FERNANDO.

—¿A qué viene usted, maestro Lorenzo? ¡qué es lo que pasa!

LORENZO.

—Pasa, señor, que me han arrebatado á mi hijo.

SEGUNDO.

—Oiga usted: es preciso que usted salga......el señor Ministro......

DON FERNANDO.

—Bien: véte......

SEGUNDO.

—Pero, señor...... (*Vase á un ademan de don Fernando.*)

DON FERNANDO.

—Vamos: tranquilícese usted, y dígame lo que sucede.

LORENZO.

—Se ha dado órden del Ministerio para que aprehendan á mi hijo, á mi Pablo, por conspirador.

DON FERNANDO.

—¿Por conspirador? Eso no puede ser, le habrán engañado á usted.

LORENZO.

—¡Oh! no: la persona que me lo ha comunicado no puede mentir. (*Pio aparece en el fondo.*)

DON FERNANDO.

—Entónces, pudiera ser que su hijo de usted se haya injerido en alguna conspiracion, pues muchas veces los jóvenes por capricho...... ó quizá por necesidad.........

LORENZO.

—¡Oh! calle usted, no prosiga. ¡Necesidad mi hijo! En ese taller oscuro y miserable que usted ha visto, nunca se ha necesitado mas que un poco de pan, y bien sabe usted que Dios lo prodiga á los obreros.

¿Cuándo se ha dicho que el hambre ha traspasado el umbral de los talleres, donde el pueblo se entrega al trabajo, cuyo fruto en el mundo es vestir la desnudez, aguzar el arado que surca los campos, y fabricar los palacios, donde mora la opulenta sociedad que nos desprecia?

DON FERNANDO.

(*ap.*) ¡Me sorprende tanto orgullo en un artesano!

LORENZO.

—Pero ¡ah! estoy olvidando el objeto de mi venida: dígame usted, ¿dónde podré encontrar al señor Ministro?

PIO.

—(*Adelantándose.*) No es necesario que vaya usted á buscarlo; dígame usted á mí lo que quiere: yo me ofrezco á servir á usted.........

LORENZO.

—Es que yo no acostumbro admitir servicios de quien no conozco.

PIO.

—Deseo ser amigo de usted.

LORENZO.

—Pues evítese usted esa molestia, porque yo no lo seré de usted nunca. (*ap.*) La insolente intervencion de este hombre es un insulto,y debe pagarlo.

PIO.

—Es que por mi empleo cerca del Ministro...... mi influencia es poderosa.

LORENZO.

—Tambien un criado tiene su empleo cerca de su amo...... y no por eso se atrevería á ofrecer su proteccion á los demas.

DON FERNANDO.

—¡Maestro Lorenzo......! Repare usted que este jóven es mi hijo.

LORENZO.

—¡Ah! lo ignoraba: dispense usted, señor......

PIO.

—(*ap.*) Pronto quedaré vengado —Perdono lo que usted ha dicho, pues considero que la desgracia de su hijo le hace hablar así.

LORENZO.

—Entónces ¿usted lo sabe?

PIO.

—Solo sé que acaban de llevar preso á un jóven que se llama Pablo; pero ignoro si es hijo de usted.

LORENZO.

—¿Preso mi hijo? ¡Oh! esto es un acto de tirania.... Quiero ver al Ministro.....quiero ver al Ministro.... Es preciso que me devuelva á mi hijo.........

DON FERNANDO.

—Modérese usted, buen anciano.....(*Segundo entra.*)

SEGUNDO.

—Señores, la mesa está servida.

DON FERNANDO.

—¿Sin estar en casa Alberto ni mi hija?

SEGUNDO.

—Ya están aquí desde hace mucho tiempo.

PIO.

—(*ap.*) ¡Oh! ¡mi plan no ha surtido efecto!......

SEGUNDO.

—Solo que la señora Elena ha mandado decir que no asiste á la mesa, ni ella, ni el señor Ministro.

PIO.

—(*ap.*) Entónces algo ha habido. Respiro.

DON FERNANDO.

—Vamos, Pio. — Ya lo vé usted, maestro Lorenzo, el Ministro no recibirá hoy á nadie y menos á usted.

PIO.

—Nó, puede esperarle; que le espere.

DON FERNANDO.

—Mejor es que vuelva, Alberto quizás estará indispuesto.

LORENZO.

—Vaya usted, señor: estoy resuelto á no moverme de aquí, hasta no hablar con el Ministro.

DON FERNANDO.

—Quede usted con Dios. (*yéndose.*) Esta casa con las bondades de mi hija, se ha convertido en una guarida de.........

PIO.

—(*ap. á Segundo.*) Trata de burlarte de él, para que arme un escándalo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

Lorenzo—Segundo—despues Alberto—luego Andrés.

LORENZO.

—¡Oh! ¡Dios mio! Tú que siempre me has hecho ver tu rostro en medio de mis mayores infortunios y miseria, no permitas que me priven de mi último consuelo — de mi hijo — ¡Oh! si al menos estuviera aquí Andrés, él me mostraria el camino de ir hasta donde el Ministro, yo iria hasta su mismo aposento: mi amor de padre seria mi disculpa.

SEGUNDO.

—Oiga usted, pobre viejo, tengo que hacer; márche-

se usted de aquí, pues no puedo dejar en esta sala á un extraño. (*Lorenzo lo mira con desprecio.*) ¿No ha oido usted? ¿Espera usted acaso las sobras de la mesa? Si es así, venga usted á la cocina.

LORENZO.

—¿Qué es lo que ha dicho este miserable? ¿Qué es lo que has visto en mí que te ha hecho confundirme con un pordiosero?.........

SEGUNDO.

—¡Vaya un tono que pega bien con esa facha!

LORENZO.

—¡Miserable!...... (*Lo toma del cuello hasta obligarlo á arrodillarse.*) Voy á enseñarte á respetar á los ancianos.

SEGUNDO.

¡Ay! ¡Socorro!...¡socorro! (*Alberto aparece.*)

ALBERTO.

—¿Qué voces son esas?

SEGUNDO.

—Es este hombre que quiere ahogarme porque lo echaba de aquí.

ALBERTO.

—¿Y por qué lo echabas?

SEGUNDO.

—Porque Useñoría ha mandado que se negase la entrada á todo el mundo.

ALBERTO.

—Sí: pero no reparabas que es un anciano? (*ap.*) ¡No sé porqué amo mas á los ancianos desde que me falta mi padre! Puedo saber quién es usted? ¿qué es lo que quiere? ¿qué es lo que busca?

LORENZO.

—Busco al Ministro.

ALBERTO.

—¿Con qué objeto?

LORENZO.

—¿Es usted el que yo busco, acaso?

ALBERTO.

—Despeja tú. (*Segundo se vá*) Veamos, yo soy...¿qué quiere usted?

LORENZO.

—¡Oh! Al fin encuentro á usted, señor: mucho me han escarnecido, por solo haber venido á reclamar justicia.

ALBERTO.

—¿A reclamar justicia?

LORENZO.

—Sí: acaban de aprehender á mi hijo vilmente calumniado, y vengo á pedir su libertad.

ALBERTO.

—Anciano, este no es lugar donde se hacen tales reclamos. Vaya usted mañana á palacio.

LORENZO.

—Yo creo, señor, que para reclamar justicia no hay lugar determinado, así como no lo hay para castigar al asesino que nos asalta.

ALBERTO.

—(*ap.*) ¡Se habrá cometido una arbitrariedad!—¿Y de órden de quién se ha puesto preso al hijo de usted?

LORENZO.

—De órden del Ministerio.

ALBERTO.

—Lo han engañado á usted, buen anciano. Del Ministerio no se ha expedido ninguna órden de prision.

LORENZO.

—¡Oh! sí, señor; la persona que me lo ha dicho no puede mentir: todos pueden mentir, pero ella nunca, nunca.

ALBERTO.

—(*ap.*) Aquí se encierra algun arcano que es preciso descubrir—Dígame usted: ¿sabe usted el motivo por el cual han aprehendido al hijo de usted?

LORENZO.

—Me han dicho que por conspirador. ¡Conspirar mi hijo¡ ¿Conspiran acaso los obreros del pueblo? Eso seria contradecir los principios é ideas que he inculcado á mi hijo. Los artesanos sabemos que en los países que han logrado respirar despues de una larga esclavitud, ahogando la tiranía con el grito sagrado de la libertad, se necesita que el espíritu de organizacion estreche á todos los ciudadanos en una sola familia, para garantizar así su seguridad personal, defenderse contra la miseria y conservar el bienestar de la patria: y la asociacion industrial es la que llena cumplidamente este objeto. La industria, señor, aplicada al trabajo, ha difundido por donde quiera el progreso, derramando el estímulo, y protejiendo á las masas contra la miseria. Emplear todos los medios posibles para conservar la libertad que aliente la industria, y asociarse para ennoblecer y engrandecer el trabajo:—hé aquí, señor, la única conspiracion posible entre los hijos del pueblo.

ALBERTO.

—(*ap*) ¡Es estraño semejante lenguaje en un simple trabajador! No sé por qué las ideas de este anciano, y sobre todo el éco de su voz despiertan en mi memoria como un vago recuerdo de la infancia. Le he oido hablar sin interrumpirle, porque me parece que su

voz la he oido en otro tiempo......y aun muchas veces...—Ahora bien: dígame usted su nombre para ir á dar algunas órdenes.

LORENZO.

—Me llamo Lorenzo Alba.

ALBERTO.

—(*sorprendido*) ¡Lorenzo Alba! ¡Qué he escuchado! ¡Seria posible!—El nombre de su hijo...dígame usted su nombre...digalo usted.

LORENZO.

—Pablo.

ALBERTO.

—¡Oh! Dios mio: ¡este es un sueño!—Usted tiene otro hijo llamado Alberto......¿No es cierto que usted tiene otro hijo......?

LORENZO.

—A quien lloro hace mucho tiempo.

ALBERTO.

—¡Dios mio!...es mi padre...sí...sí...es su voz....su mirada...acabo de reconocer sus facciones!

LORENZO.

—¿Qué dice usted...?

ALBERTO.

—¡Oh!...abráceme usted...abráceme usted...yo soy ese hijo que usted llora......porque yo soy Alberto. (*Andrés aparece en el fondo.*)

LORENZO.

—¡Alberto! ¿mi hijo?

ALBERTO.

—¡Padre! ¡padre mio! (*Se abrazan estrechamente—pausa.*)

ANDRES.

—¡Qué es lo que he oido! Mi maestro, padre del Ministro......Vuelo á traer á Pablo (*Váse.*)

LORENZO.

—¡Ah! hijo mio, al fin te encuentro......pero á qué altura. ¡Cuánta distancia hay de tí á un pobre artesano; vas á avergonzarte de mí.

ALBERTO.

—¡Avergonzarme yo de usted, padre mio! ¿Acaso pueden los hijos, cualquiera que sea su posicion, avergonzarse de sus padres.....? Me ha herido usted, padre mio.

LORENZO.

—Se acabó, no hablemos mas de eso; abrázame de nuevo. (*Don Fernando y Pio se presentan.*)

ESCENA X.

Dichos—Don Fernando—Pio—despues Elena—Pablo y Andrés.

PIO.

—(*ap.*) ¡Qué veo! ¡Y yo que esperaba que ardiese la casa! ¡Maldicion!—Mire usted, señor, cómo trata el Ministro á ese miserable artesano.

DON FERNANDO.

—Le habrán conmovido las lágrimas del pobre viejo (*Dirijiéndose á Alberto.*) Me alegro de que se halle usted en tan buena disposicion de servir á este buen anciano. Sin dudá le habrá conmovido á usted la desgracia de su hijo.

ALBERTO.

—En efecto...sí...su desgracia me ha conmovido.

PIO.

—(*ap.*) Pero ¡cómo es que mi plan ha fracasado! ¡no puedo comprenderlo!

DON FERNANDO.

—(*á Lorenzo.*) Entonces, puede usted volver mañana, maestro Lorenzo. El señor Ministro recibe á esta hora algunas visitas, y la presencia de usted en este sitio......

LORENZO.

—(*ap.*) ¿Consentirá mi hijo que me humillen así?—Voy á retirarme......

ALBERTO.

—Deténgase usted.—Ya bastante he cumplido con las exijencias de la sociedad, para permitir que la etiqueta me prive de la inmensa dicha que viene á proporcionarme este momento. Yo, señores, no he aceptado una magistratura para satisfacer mezquinas pasiones, y halagar la pueril vanidad de los que me rodean, no: la he aceptado para realizar los sueños dorados de mi juventud, ser útil á mi patria, y enaltecer la clase industriosa, en cuyo seno nació mi padre. Sí, no me avergüenzo de confesarlo: soy hijo del pueblo. El compaz de un obrero midió las dimensiones de mi cuna, y ese obrero era mi padre; tengo orgullo de no haber comprado hasta ese objeto, que sin los artesanos, no habria mecido el sueño de esos hijos de la opulencia y de la ociosidad.

DON FERNANDO.

—(*á Pio.*) ¿Qué querrá decir con todo esto?

PIO.

—Lo ignoro.

ALBERTO.

—Venga usted, anciano, y diga usted á estas gen-

tes, quién es usted. (*Andrés y Pablo aparecen en el fondo.*)

LORENZO.

—Yo......no soy mas que un pobre artesano.

ALBERTO.

—¿Y saben ustedes quién es este pobre artesano, que ha sufrido hasta las burlas de mis criados?

DON FERNANDO.

—¡Qué vá á decir!

ALBERTO.

—Pues este artesano es el maestro Lorenzo Alba, el obrero que fabricó mi cuna con sus propias manos... en una palabra: ¡mi padre! sí, mi padre!

TODOS.

—¡Su padre! (*Elena aparece.*)

ALBERTO.

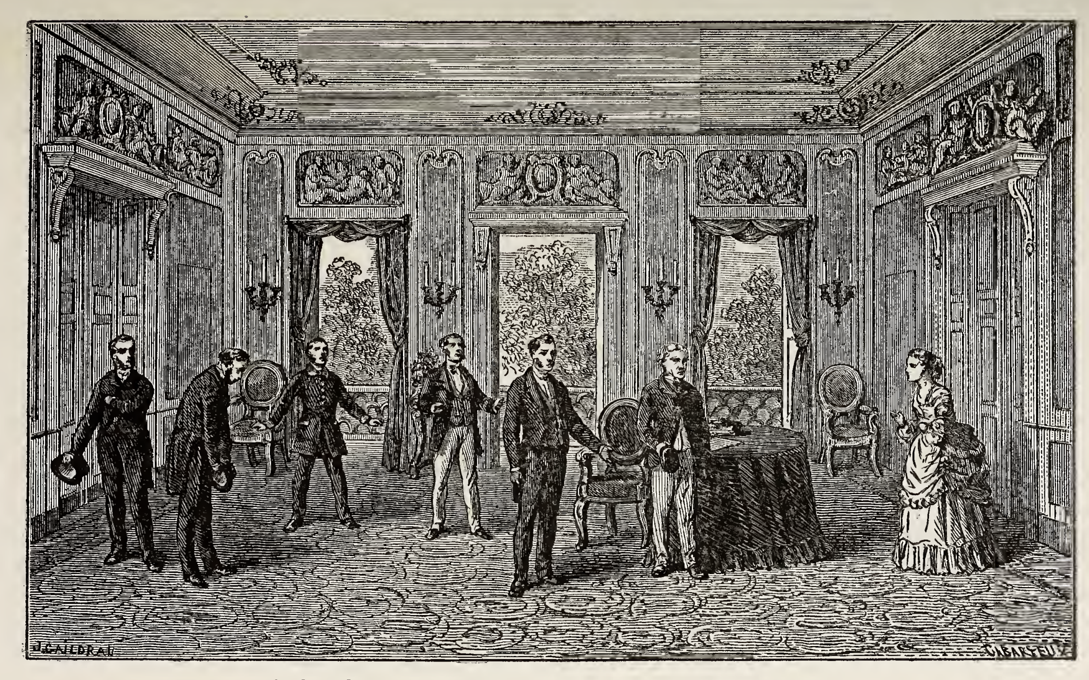
—(*Viendo á Elena.*) ¡Ah! Elena, ven: quiero darte un padre y un hermano. (*Indicando á Pablo que permanecerá en el fondo.*)

LORENZO.

—¡Pablo! (*se dirije á él.*)

ELENA.

—Alberto, desde allí lo he oido todo. ¡Dichosos los hijos que honran á sus padres!



!Ah! Elena, ven: quiero darte un padre y un hermano.

ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION.—LUCES.

ESCENA I.

Pio—despues Andrés—luego Segundo.

PIO.

—Ya no me queda otro medio sinó el de apelar á los grandes recursos. Hasta aquí mis planes se han desbaratado de una manera casi incomprensible; mas, supuesto que no se sospecha de mí, por lo que veo, y estoy á cubierto con la impunidad, quiero luchar hasta el último extremo. (*Andrés entra cautelosamente por el fondo.*)

ANDRES.

—¡Oh! Allí está el señor Pio con *elle;* á Dios gracias he podido descubrir sus intrigas, y en adelante no me voy á separar de él ni un momento.—Voy á ser su pesadilla. (*Se oculta tras los cortinajes.*)

PIO.

—Sí, así se gana tiempo, y mientras se sabe la verdad, todo estará concluido.—Escribamos.

ANDRES.

—¡Qué irá á escribir el cuñado del Gobierno!

PIO.

—(*escribiendo.*) Aquí la fecha—al márjen la direccion —vamos al asunto. «Teniendo el Ministerio datos positivos de que el arquitecto Pablo Alba, conspira incesantemente contra el Gobierno, expida Useñoría las órdenes del caso para que en el acto se le aprehenda, y se le remita á bordo de uno de los buques del Estado que deben zarpar mañana al extrangero.—Dios &a.» Ahora veamos si me acuerdo de la firma del Ministro.......Eso es: ¡magnífico!—En todo caso este oficio á quien dañará será solo al Ministro. Me ha despreciado, y esto le hará perder la reputacion. Con una piedra mato dos pájaros.—¡Segundo! Segundo! (*Segundo se presenta.*)

SEGUNDO.

—Señor.

PIO.

—Toma este pliego, vuela, haz que un criado lo haga llegar á su destino: mira, allí dice «urgente» (*Segundo sale y Andrés deja su escondite para seguirlo.*)

ANDRES.

—¡Oh! yo haré que no llegue á su destino. (*váse.*)

ESCENA II.

Pio—despues Alberto.

PIO.

—Este recurso es infalible, es un golpe maestro. Mientras Pablo toma aires en Europa, Edelmira y su fortuna caen en mi poder. ¡Oh! este matrimonio es mi ilusion, es decir de mis acreedores, á quienes pido plazos, haciéndoles esperar que la dote de mi esposa lés pagará al contado. Con el resto de esta dote, y con lo que mi padre añada, voy á vivir co-

mo un príncipe. Tendré carruaje, palco abonado, mesa espléndida, tertulia, bailes con su respectiva mesa de rocambor y......amigos, muchachas.—¡Oh! Entónces á mi orgulloso cuñado el Ministro le arrojaré su destino á la cara. (*Alberto aparece.*) Pero ¡él viene!

ALBERTO.

—¡Ah! ¿está usted allí?

PIO.

—Lo esperaba, señor.

ALBERTO.

—(*ap.*) Miserable! y no poder castigar sus infamias, por temor de afrentar á mi familia!

PIO.

—¿He de trabajar, esta noche?

ALBERTO.

—Sí, ¿no sabe usted que acostumbro trabajar tanto en palacio como en mi casa, de dia como de noche? Prepare usted el despacho. Siéntese, y lea usted algo del despacho de mañana.

PIO.

—Este es el expediente de una viuda, que no ha comprobado suficientemente el derecho que dice tener á montepio.

ALBERTO.

—Que se le devuelva, para que compruebe ese derecho.—Anote usted en otro papel, que esa viuda deberá ser socorrida por mi esposa mientras se despacha su expediente.—Siga usted dando cuenta.

PIO.

—«Ofreciendo traer del extrangero el menaje y ornato del local destinaño á los tribunales de Justicia.»

ALBERTO.

—Que se niegue, ordenando que todo se trabaje en el país.

PIO.

—Esta es una solicitud mia.

ALBERTO.

—¿Sobre qué?

PIO.

—Pidiendo que se me promueva á otro destino mejor.

ALBERTO.

—(*Levantándose.*) Bien, queda usted promovido.

PIO.

—¿Cómo así?

ALBERTO.

—Queda usted destituido, desde hoy, del empleo que tenia usted.

PIO.

—(*levantándose.*) Pero señor, esto es una afrenta; usted no permitirá que siendo de la familia.......y sobre todo no habiendo motivo......

ALBERTO.

—Cuando procedo de este modo, creo que no se me debian pedir explicaciones.

PIO.

—Pero es que yo soy un hombre honrado...mis virtudes...mi decoro......

ALBERTO.

—No piensan así en las tertulias y cafés que usted frecuenta.

PIO.

—¡Señor!

ALBERTO.

—Creí que un empleo le diese á usted las virtudes de que carece, y me he engañado cruelmente, pues ha llevado usted sus vicios hasta la infamia, falsificando la letra de mi esposa para cumplir las miras mas innobles......

PIO.

—(*ap.*) ¡Qué oigo!

ALBERTO.

—Y el que falsifica hoy una carta, puede falsear mañana los timbres del Estado, y llevar la infamia hasta el crímen.

PIO.

—Pero yo no he cometido la falta que usted me echa en cara.

ALBERTO.

—No insista usted. Desde hoy vivirá usted de mi peculio......

PIO.

—Eso es ofrecerme una limosna......

ALBERTO.

—¡Oh! no sabe usted ni ser insolente.

PIO.

—Ya eso es insultarme!

ALBERTO.

—Basta. Salga usted de mi presencia.

PIO.

—(*yéndose.*) Este ultraje lo vengaré sin compasion. Ellos lo quieren, ellos me obligan, pues cúlpense ellos mismos de lo que suceda.

ESCENA III.

Alberto—despues Lorenzo.

ALBERTO.

—¡Y este hombre es hermano de Elena, de ese ángel en cuyos ojos vé el que sufre una lágrima, y en cuyas manos encuentra siempre el mendigo un pedazo de pan. Con menos prudencia de mi parte ¡á cuántos desastres no me habria lanzado este miserable con sus anónimos y falsas cartas!--Pero olvidemos todo esto, para pensar en mi padre.--¿Por qué no vendrá aun, cuando lo he mandado llamar con instancia? Creía que yo me avergenzaría de él....... ¡Oh! tiene razon......él no ha visto las mil decepciones por donde he tenido que atravesar para llegar al puesto que ocupo, y mal puede comprender un corazon que ha aprendido la virtud entre el fango de esa multitud palaciega que solo vive de la intriga, de la adulacion, de la deshonra de los otros, y de la humillacion de todos--Es él! (*Lorenzo se presenta.*)

LORENZO.

—Me has mandado llamar, hijo mio, y me he apresurado á venir, porque no has hecho mas que anticiparte á mis deseos.

ALBERTO.

—Bien, señor, tome usted asiento.

LORENZO.

—¿Qué me quieres, hijo mio?

ALBERTO.

—Señor, ya que el cielo ha permitido que recobre á mi padre y á mi hermano, á quienes en vano he buscado tanto tiempo, quiero que participen de las comodidades que me ha deparado el destino, y he lla-

mado á usted para anunciarle que desde mañana vivirá usted con Pablo á mi lado.

LORENZO.

—¡Qué es lo que me propones! ¿venir á tu lado? ¿abandonar mi taller? ¡Ah! hijo mio, lo primero lo esperaba de tí, y siento no acceder á tan noble deseo, pues lo segundo es imposible.

ALBERTO.

—¿Imposible?

LORENZO.

—Sí, Alberto; y puesto que me has dado esta tarde una muestra espléndida de que no te avergüenzas de que un pobre obrero sea tu padre, déjame á mí tambien el orgullo de tener un taller donde ha nacido un hijo mio, que ha sabido elevarse á las altas dignidades de la magistratura.

ALBERTO.

—Pero, señor, para eso no es menester que usted siga trabajando, y esto es lo que quiero evitarle á usted.

LORENZO.

—Alberto, la comodidad ha embotado siempre mis sentidos, haciéndome amable la indolencia, esa carcoma que vá royendo las fuerzas del espíritu hasta dejar en él un vacío aterrador. Ademas, hoy he recibido en mi taller á muchos de mis antiguos discípulos, y no puedes figurarte el inmenso placer que sentí al verme de nuevo jefe de esa multitud de hombres, que yo podré hacer buenos ciudadanos, y buenos padres de familia. Al verlos apresurarse á pedirme trabajo, llamándome como en otro tiempo su maestro, y poblando el miserable taller, tantos años desierto por mi ausencia, he rejuvenecido veinte años.

ALBERTO.

—-Pero, padre......

LORENZO.

—Déjame mi taller, hijo mio, déjame mi taller, si no quieres verme morir de fastidio entre los ricos cortinajes de tus salones.

ALBERTO.

—¿Olvida usted su edad, padre mio?

LORENZO.

—Dios, cuando sujetó al hombre al trabajo, solo le señaló el sétimo dia para su descanso.—El hombre no conoce el término de esa constante tarea, que se llama vida.

ALBERTO.

—Señor, dejo de insistir.

LORENZO.

—Sería en vano. Me has honrado ya bastante; estoy contento de tí. Quiera el cielo concederte esa larga vida que ofrece Dios á los buenos hijos sobre la tierra. (*Andrés se presenta.*)

ESCENA IV.

Dichos—Andrés.

ANDRES.

—Señor, espera á Useñoría en la antesala una persona que quiere hablarle reservadamente.

ALBERTO.

—Voy allá.—Dispénseme usted, padre.

LORENZO.

—Vé, Alberto: si no te vuelvo á ver, hasta mañana. (*Alberto sale.*)

ANDRES.

—Le he estado buscando, maestro, para decirle que no se aparte ni un solo instante de Pablo.

LORENZO.

—Pero ¿por qué semejante precaucion?

ANDRES.

—El respeto que me inspira la familia de la señora Elena, me hace callar.

LORENZO.

—Amenaza á mi hijo alguna desgracia? Habla.

ANDRES.

—Haga usted lo que le digo, se lo suplico; no pierda usted un momento. Pronto lo sabrá usted todo. Alguien viene.

LORENZO.

—No sé por qué se oprime mi corazon con un vago presentimiento. (*váse, y luego entra Pio.*)

ESCENA V.

Andrés—Pio—despues Segundo.

PIO.

—(*ap.*) ¡Aquí este pícaro! Si Pablo ha sido preso ya, este debe saber algo. Averigüemos—¡Hola! ¿tú aquí, mi buen Andrés?

ANDRES.

—¡Qué amable! ¡si me querrá jugar alguna mala pasada; pero se engaña, pues de casa no he de salir, hasta que cuente á la señora Elena, la nueva hazaña de su dignísimo hermano.

PIO.

—¡No me contestas, mi buen Andrés!

ANDRES.

—¡Ah! perdóneme usted, estaba distraido. ¿Qué se le ofrece á usted, señor don Pio? (*ap.*) con *elle.*

PIO.

—Tengo que hacerte una pregunta, mi querido Andrés.

ANDRES.

—(*ap.*) Antes permito ser querido del diablo—Hable usted.

PIO.

—Necesito hablar con Pablo. ¿Sabes dónde está?

ANDRES.

—(*ap.*) Ya pareció aquello—Ignoro dónde pueda encontrarse á estas horas.

PIO.

—Tú sabes cuanto lo aprecio.

ANDRES.

—El no necesita del aprecio de usted.

PIO.

—Tu conducta es muy extraña: me respondes siempre de una manera......

ANDRES.

—Ese es mi modo.

PIO.

—Yo tengo la culpa de dar confianza á un canalla como tú.

ANDRES.

—Esa es la palabra, canalla ¿y sabe usted por qué soy canalla?

PIO.

—Porque lo eres.

ANDRES.

—No, señor; soy canalla...porque...porque no soy caballero, como usted.

PIO.

—¡Insolente!

ANDRES.

—(*ap.*) Aquí de las mias: se cumple el mas antiguo de mis deseos, que era poder decir á uno de estos nobles, criminales de estrado, cuantas son cinco—Oigame usted. ¿Los caballeros como usted, son hijos de Adan y su costilla, ó nó?

PIO.

—¡Basta de atrevimientos!

ANDRES.

—¡Ja! ja! ja! ¿Se incomoda usted? ¿Apostaria á que crée usted que Adan no comió manzana, sinó alguna fruta mas aristocrática, por ejemplo, melocotones.

PIO.

—¡Villano! ¿no sabes á lo que te expones con esas burlas dignas de tí?

ANDRES.

—Lo sé....Con hacer una notita parecida á ésta..... (*sacando y enseñando la nota que falsificó Pio.*) me mandaria usted á un ponton, y desde allí á viajar por el Cabo de Hornos en caballo de palo.

PIO.

—(*ap.*) ¡Qué es lo que veo! ¡estoy perdido! (*Pio hace ademan de arrebatarle el papel. Andrés lo esconde rápidamente.*)

ANDRES.

—¡Ja! ja! ja! ¡Cómo se ha quedado usted! ¡Jesus! se

vá á desmayar! ¡voy á pedir socorro! ¡ja! ja! ja! ¡Que se muere! voy por los santos óleos.

PIO.

—¡Oh rabia!.....Todo se ha descubierto, y si ese villano enseña la nota, la cólera del Ministro no vá á tener límites. Es preciso adoptar una medida extrema: huir, pero huir con Edelmira, de suerte que envuelta conmigo en el crímen, se vean obligados á ocultar mi falta, por salvar á la que tendrán que darme por esposa. Ellos con las humillaciones que me han hecho sufrir, me han lanzado de la falta al crímen. No hay tiempo que perder. ¡Segundo! ¡Segundo! (*Segundo aparece.*)

SEGUNDO.

—¡Señor!

PIO.

—Toma—(*le dá un bolsillo con dinero.*) Compra el silencio de un cochero, y trae un carruaje que tendrás listo á la puerta del jardin. No tengo que encargarte el secreto.

SEGUNDO.

—Pero......

PIO.

—Vuela, hombre; que yo te prometo dar, el dia en que me case con Edelmira, un principal con que puedas vivir libre toda tu vida.

SEGUNDO.

—Entonces, callo y manos á la obra.

PIO.

—No tardes. (*Segundo sale precipitadamente.*)

ESCENA VI.

Pio—despues Elena.

PIO.

—Ahora es preciso pensar en el modo de hacer, con engaño, que Edelmira baje al jardin. ¿Si saldrá Elena esta noche? Pero allí veo que viene vestida como para salir.—¡Oh! esto sería una casualidad de esas que favorecen las grandes dichas ó las grandes desgracias. (*Elena aparece.*)

ELENA.

—¡Ah! ¡mi hermano aquí!

PIO.

—¿Vas á salir, Elena?

ELENA.

—Ya lo ves.

PIO.

—¿Muy léjos?

ELENA.

—A la vecindad.

PIO.

—Quisiera hablarte una palabra.

ELENA.

—No puedo oirte ahora, porque me precisa salir en este instante.

PIO.

—Lo que tengo que decirte, te interesa.

ELENA.

—No puedes hablarme, sinó de un asunto bastante desagradable ya para mí, y creo haberte contestado suficientemente.

PIO.

—¿Pero lo has pensado bien?

ELENA.

—Mi esposo se ha encargado de arreglarlo todo; así es que yo no tengo nada que oponer á tu obstinacion.

PIO.

—¡Elena!

ELENA.

—Ni una palabra mas. (*Váse.*)

ESCENA VII.

Pio—despues Alberto.—don Fernando—y luego Lorenzo.

PIO.

—Vé, altiva hermana; dices que no tienes que oponer á mi obstinacion, y dices la verdad, puesto que no podrás desbaratar este último lazo que he tendido á tu protejido. Si hasta ahora no he conseguido hacerte sufrir, como tú y tu esposo lo han hecho conmigo, esta noche, cuando sepas que Edelmira ha desaparecido, llorarás lágrimas de sangre. Tú me has hecho malo.—Mas, aquí viene el insolente Ministro con mi padre: observemos lo que le dice. (*Se oculta por el pasadizo y Alberto y Don Fernando aparecen.*)

DON FERNANDO.

—Pero lo que tengo que decir á usted, es de importancia.

ALBERTO.

—Mañana oiré á usted: esta noche tengo que consagrarla á un servicio urjente del Estado.

DON FERNANDO.

—Pero es fuerza que me escuche usted......

ALBERTO.

—Bien, hable usted, y sea breve. (*Lorenzo aparece al fondo en traje menos vulgar que en los actos anteriores.*)

LORENZO.

—(*ap.*) Aquí tampoco está Pablo. ¡Si lo encontrará Andrés! Estoy inquieto.

DON FERNANDO.

—Quiero hablar con franqueza por última vez. El matrimonio de Edelmira con el hermano de usted...

LORENZO.

—(*ap.*) ¿Qué dice? oigamos.

DON FERNANDO.

—Destruye la suerte que habia soñado para mi hijo, y la obstinacion que usted muestra en efectuar ese enlace, me parece incalificable tratándose de mi Pio, que al fin es hijo de quien le ha prestado á usted tantos favores.

ALBERTO.

—Siento, señor, que se vea usted precisado á descender hasta echarme en cara sus favores. Tal accion no merece ni respuesta, y como es fuerza que conteste á usted decididamente sobre el matrimonio de mi hermano, le diré que Edelmira no puede enlazarse al hijo de usted......Es imposible.

DON FERNANDO.

—Eso es, lo mismo que Elena.....¡Imposible! y ¿por qué? ¿Qué razon puede haber para esa imposibilidad?

ALBERTO.

—La voluntad de mi esposa.

DON FERNANDO.

—Eso es: usted lo que quiere es dar gusto á mi hija......

ALBERTO.

—Y aunque así fuera, tendría en ello razon. Usted insiste en esto porque ignora el proceder indecoroso de Pio para con Elena, por solo haberle negado la mano de Edelmira—y porque usted no prevée el porvenir que le esperaría á esa pobre niña, entregada á un hombre sin aptitudes y sin una profesion, ó al ménos un oficio con que poder contar en adelante.

DON FERNANDO.

—¿Y acaso necesita mi hijo trabajar para vivir? ¿No es jóven? ¿No puede mañana por su clase obtener una posicion social?

ALBERTO.

—¿Cuál sería la posicion de un jóven que se entrega al juego, y á todos los vicios consiguientes á la ociosidad?

DON FERNANDO.

—Repare usted que está hablando de mi hijo.

ALBERTO.

—Usted me obliga á decir la verdad.

PIO.

—(*saliendo.*) Quisiera, señor, que usted enumerase esos vicios que me afronta.

ALBERTO.

—Hablo con el señor—Puedo hablar de los vicios de usted, pero jamás me rebajaría hasta decírselos á usted.

PIO.

—(*ap.*) ¡Ah! ¡una nueva humillacion!......

LORENZO.

—(*ap.*) ¡Cómo es que se puede vivir entre gentes que aprecian tan poco la dignidad!

DON FERNANDO.

—La conducta de usted, Alberto......

ALBERTO.

—(*reparando en Lorenzo.*) ¡Ah! pero allí veo á mi padre: calle usted, siquiera por respeto á su familia—Pase usted, padre mio.

LORENZO.

—Tal vez he interrumpido á estos señores en su conversacion.

ALBERTO.

—No, señor: tratábamos de asuntos de familia.—Venga usted, tengo que pedirle un consejo sobre un negocio que demanda tino y maduréz, y nada mas justo que apelar á la experiencia de un anciano.

LORENZO.

—Vamos, hijo mio......(*entran.*)

PIO.

—¿Lo vé usted, padre? Nos desprecia.

DON FERNANDO.

—¡Ingrato! ¡Ha olvidado que sin mí nada sería en la sociedad! Ya es tiempo de separarme de él—Con su ingratitud me arroja de su casa. Sí, mañana mismo daré lugar á su honradísima familia, y me iré á vivir donde no me afronten los vicios de mi hijo.

PIO.

—Yo seguiré á usted, padre mio—pero despues de luchar.

DON FERNANDO.

—Sí, hijo mio; solo á mi lado, no sufrirás los insultos y humillaciones de esos ingratos.—Vamos: no quiero permanecer en esta sala. Vamos.

PIO.

—Le sigo á usted (*ap.*) Voy á armarme por si me impiden salir de la ciudad con Edelmira. (*Vánse por el pasadizo, y luego entran por el fondo Segundo y Andrés.*)

ESCENA VIII.

Segundo—Andrés—Despues Pio.

ANDRES.

—Ven acá, lechuza de mal agüero, aquí no te me escaparás.

SEGUNDO.

—Pero que es lo que usted quiere de mí......

ANDRES.

—Quiero detenerte aquí, para que vénga la policía y te lleve á chirona.

SEGUNDO.

—¿Pero qué he hecho yo?

ANDRES.

—Ya te lo dirán; lo mismo que á tu amo Pio, que por cierto no es infalible como el papa de su nombre.

SEGUNDO.

—Pero suélteme usted.

ANDRES.

—No te menées, Segundo, ó te extrangulo. ¿Con que sabias tambien dar tus paseos en carruaje?

SEGUNDO.

—El carruaje era para mi amo Pio.

ANDRES.

—Eso lo dirá el cochero en la policía, á donde lo ha llevado Pablo, al mismo tiempo que cierta nota de tu buen amo.—Y ahora que reflexiono—mejor me hubiera sido entregar la nota al Ministro y no á Pablo?......¡Qué importa! Pablo se entenderá con él.

SEGUNDO.

—Sabe usted que me están dando ganas de gritar á mi amo?

ANDRES.

—Haz la prueba.

SEGUNDO.

—¡Ay! ay! ay! que me extrangula usted. (*Pio aparece.*)

ESCENA IX.

Los mismos—Pio—despues Pablo.

PIO.

—¿Qué significa este escándalo en este sitio?

SEGUNDO.

—Señor...se...ñor......

ANDRES.

—Mira que aprieto.

PIO.

—Suelta á ese hombre.

ANDRES.

—(*ap.*) Ganemos tiempo—Escúcheme usted primero (*ap.*) ¡Qué digo!—A mí me han mandado que atrape á este individuo, y ya vé usted que lo estoy atrapando.

PIO.

—Suéltalo al punto, ¿quién te ha podido mandar semejante cosa? (*Pablo se presenta.*)

PABLO.

—¡Yo!

PIO.

—(*ap.*) ¡Pablo! ¡siempre destruyendo mis planes! ¡maldito! ¡maldito sea!

PABLO.

—Andrés, suelta á ese hombre.

ANDRES.

—Lo siento, ya me estaba gustando apretarle el pescuezo.

PIO.

—¿Y no me dirá usted, con qué derecho ha mandado usted que se trate así á un criado mio?

PABLO.

—Con el derecho que dá la justicia contra los malvados. Andrés, que ha visto la conducta rastrera que usted ha observado para perderme, ha espiado los pasos de su criado, ha oido su conversacion con el cochero que debia prestarse á secundar las miras de usted, y me ha entregado un documento, con el que vá usted á ser confundido. (*Viendo que Segundo trata de escaparse sin ser visto.*) Andrés, no pierdas de vista á ese hombre. (*Andrés sigue á Segundo interponiéndose en su camino hasta que entra al pasadizo.*

ESCENA X.

Pablo—Pio.

PIO.

—Pues bien, ya que usted lo sabe todo, le diré que es cierto, y que mi conducta es hija del ódio que le

tengo á usted—porque debe usted saber que le aborrezco con toda mi alma.

PABLO.

—En hora buena.

PIO.

—Pero no es esto todo: por usted me han inferido las mas grandes humillaciones, y los mas denigrantes insultos; y usted está obligado á darme una reparacion por todo.

PABLO.

—¿Tengo yo acaso parte en lo que á usted le ha sucedido? ¿en los insultos que, dice usted, le han inferido?

PIO.

—No, pero usted es la causa; y si no quiere usted mostrarse cobarde como todos los que nacen como usted, espero que aceptará un duelo conmigo.

PABLO.

—¿Un duelo? (*pausa*) Yo no puedo batirme con usted.

PIO.

—Y ¿por qué? ¿no es bastante el que yo descienda de mi clase á batirme con usted? ¿tiene usted miedo?

PABLO.

—¡Miedo!....sea lo que usted dice; pero sepa usted que no puedo patirme con usted, porque......

PIO.

—¿Por qué?

PABLO.

—Por que conozco la distancia que hay entre un infame y un hombre honrado.

PIO.

—Esto mas......! (*Saca dos pistolas que llevará.*) Allí tiene usted arma, bajemos al jardin.

PABLO.

—Ya he dicho que no acepto el duelo, y no lo aceptaré.

PIO.

—Pues si no lo quiere aceptar, le voy á matar á usted como un miserable.—Prepárate á morir. (*Pio prepara la pistola, apunta sobre Pablo, y al tiempo de disparar aparece Elena y corre á detenerle.*.

ESCENA XI.

Dichos—Elena—despues Alberto y Lorenzo—luego don Fernando.

ELENA.

—¡Detente! (*arranca la pistola de manos de Pio.*)

PIO.

—¡Maldicion!

PABLO.

—Doña Elena! (*Alberto y Lorenzo aparecen.*)

LORENZO.

—¡Ah! allí está mi hijo!

ALBERTO.

—Elena, ¿qué es lo que ha pasado aquí?

ELENA.

—Nada, señor: (*Don Fernando se presenta en el pasadizo.*) Pero, ya es tiempo de hablar, para evitar á mi hermano con la revelacion de un secreto, la desgracia ó tal vez el crímen.

ALBERTO.

—Veamos. Habla.

ELENA.

—Escucha, Pio. Una de aquellas mujeres, que la sociedad arroja de su seno, porque en vez de buscar su

subsistencia por medio del trabajo ó de la caridad pública, hacen un infame comercio de su hermosura, y se entregan á la prostitucion, era la querida de un hombre casado. Ese hombre al ver que aquella mujer llegó á ser madre, la abandonó miserablemente por no reconocer á su hija—negándole toda clase de recursos, hasta obligarla á entregarse de nuevo á su antigua vida.—Esa mujer llegó á morir en un hospital, donde yo recibí su último suspiro, al par que á su pobre hija, que confió á mi proteccion. Esa mujer infeliz era la madre de Edelmira, y el hombre que renegó de su hija es......es—¡mi padre!

TODOS.

—¡Don Fernando!

DON FERNANDO.

—¡Qué he escuchado! ¡Dios me castiga!...(*Se cubre el rostro con ambas manos.*)

ELENA.

—¿Conoces ahora, Pio, que has sido muy injusto? ¿Comprendes ya que Edelmira no es la rica heredera que te imajinabas?

PIO.

—¡Oh! ¡todo el infierno parece que se ha conjurado contra mí!

ELENA.

—(*reparando en don Fernando.*) ¡Ah! cielos! ¡mi padre lo ha oido todo!—Padre mio! perdone usted á su hija. (*arrodillándose.*)

DON FERNANDO.

—Levántate, Elena: has cumplido con tu deber. (*Un oficial se presenta seguido de algunos soldados.*)

ESCENA XII.

Dichos—El Oficial.—Soldados.

EL OFICIAL.

—¿El señor Ministro?

ALBERTO.

—Qué se le ofrece á usted!

EL OFICIAL.

—Este pliego (*le dá un pliego.*)

ELENA.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que sucederá?

ALBERTO.

—(*despues de leer con muestras de la mas viva inquietud.*) ¡Qué es lo que he leido! ¡Este es el colmo de la afrenta!

LORENZO.

—¿Qué es lo que pasa, hijo mio?

ALBERTO.

—Lea usted, lea usted—(*se cubre el rostro con las manos y cae en un sillon.*)

ELENA.

—¡Esto debe ser una desgracia!

LORENZO.

—(*leyendo.*) «Señor: Acaba de caer en mi poder una nota falsificada con la firma de Useñoría, y como hoy mismo se me entregó de parte de Useñoría un oficio, para que se hicieran todas las investigaciones posibles sobre unos vales falsificados, que tengo á la vista, me dirijo á Useñoría para participarle que la letra de los vales y la de dicha nota es idéntica,

y que el falsificador es don Pio de Aguilar. Lo comunico á Useñoría para que no tenga á mal que la policía mande fuerza armada á su casa á fin de aprehender al falsificador».....(*declamando.*) ¡Si fuera tiempo aun de salvarle!—Probemos—Pablo, acércate á don Pio y dile que huya inmediatamente.

PABLO.

—(*acercándose á Pio.*) Aun es tiempo: salga usted, huya inmediatamente—la autoridad ha ordenado la prision de usted. (*Pio entra por el pasadizo.*)

EL OFICIAL.

—(*á Alberto.*) Ahora permita Useñoría que cumpla con mi deber—vengo á prender á don Pio de Aguilar.

TODOS.

—¡Ah!

ELENA.

—Alberto, ha oido usted lo que ha dicho ese oficial?

DON FERNANDO.

—Alberto, ¿permitirá usted esta afrenta?

ELENA.

—Es mi hermano.

DON FERNANDO.

—Es mi hijo, esto me mataría.

ALBERTO.

—Elena; padre—yo no puedo nada contra la justicia: se me tendria por un infractor de las leyes y, al hacerlo, tendría que sujetarme á ellas.

ELENA.

—Alberto, yo lo ruego.

ALBERTO.

—Si quieres que por salvar á un criminal, yo me haga reo....estoy pronto.

ELENA.

—¡Oh! no, eso nunca: ¿pero esto no tiene remedio?

ALBERTO.

—Ninguno.

DON FERNANDO.

—¡Oh! ¡Cuán tremendo es Dios en su justicia!

EL OFICIAL.

—Espero las órdenes de Useñoría.

PIO.

—(*saliendo del pasadizo en desórden*) ¡Ah! ¡no hay por donde huir! ¡todo está rodeado de soldados! ¡fatalidad!

ALBERTO.

—Allí está el culpable, cumpla usted con su deber.

PIO.

—Vamos. (*sale seguido del oficial y de los soldados—Lorenzo y don Fernando los siguen tambien, y Andrés aparece por el pasadizo.*)

ESCENA XIII.

Alberto—Elena—Pablo—Andrés—despues Edelmira—luego Lorenzo

ANDRES.

—Si no ando vivo se escapa el sujeto—tengo un olfato.....A buen tiempo aconsejé que cercáran la casa.

ELENA.

—¡Oh! Alberto, ¡cuántos acontecimientos en un solo dia!

(*Edelmira se presenta.*) Pero allí viene Edelmira.—Ven Edelmira, abrázame, pues ya puedo llamarte hermana.

EDELMIRA.

—¡Qué escucho!

ELENA.

—Si, tú eres mi hermana! (*se oye un tiro*)

TODOS.

—¡Ah!

ALBERTO.

—(*sorprendido.*) ¿Qué significa ese tiro! (*Lorenzo se presenta en el foro.*) ¡Padre, qué ha sucedido?

LORENZO.

—El criminal se ha suicidado.

ELENA.

—¡Gran Dios!

LORENZO.

—Al menos ha sabido preferir la muerte á la deshonra.

ALBERTO.

—¡Elena! (*reponiéndose*)—Pablo—hé aquí á tu esposa.—Te la doy en un momento bien solemne. Si tienes hijos, recuerda siempre que la ociosidad es el crímen,—y el trabajo la única amistad posible entre el hombre y Dios.—(*Cuadro final.*)

FIN.

JUNTA CENSORA.

Examinada: puede representarse.—Lima, Noviembre 4 de 1862.

J. de los Heros.



Alli cstá el culpable, cumpla usted con su deber.